INSVLA



SVMARIO

FRANCISCO CAPELLO: Rafael. - VICENTE BARBIERI: Poema. - ROSA CHACEL: Buzo vagabundo (relato). - MARIO BINETTI: Sonetos. - OCTAVIO DE FREITAS JUNIOR: Sugestiones sobre la crítica literaria y los problemas de la cultura. - VICENTE FATONE: Definición de la mística. - ROBERTO WEIBEL RICHARD: Alain, Sócrates y Platón. - *LA ESTELA EN EL TIEMPO:* Tucídides: El diálogo de Melos (Traducción de MARIA ROSA LIDA). - *LAS OBRAS Y LOS DIAS*: Notas de B. Terracini, F. Weber, J. Bernstein, R. D. H., A. H. Raggio, A. Serrano Plaja y R. Brughetti.

Año I - Núm. 3 Buenos Aires Primavera 1943

INSVLA

PUBLICACION TRIMESTRAL

DIRIGIDA POR

RENATA DONGHI HALPERIN

•

Inscripta en Registro Nacional
de la Propiedad Intelectual
bajo el N.º 135.414

CORREO ARGENTINO
TARIFA REDUCIDA
CONCESION N.º 6.253

SUBSCRIPCION ANUAL
ARGENTINA: $ 3.50
OTROS PAISES: 1 DOLAR

DIRECCION Y ADMINISTRACION
SANTA FE 1753 - 8º D
BUENOS AIRES - ARGENTINA

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

En los próximos números INSVLA publicará los siguientes trabajos:

- *Jaime Bernstein*: Alain y el niño.
- *Sarah Bollo*: La poesía de Gabriela Mistral.
- *Renata Donghi Halperín*: El peregrino. (Novela).
- *Julieta Gómez Paz*: Sonetos.
- *Dora E. Miranda*: Asociaciones femeninas.
- *Julio Noé*: La generación "finisecular".
- *Nella Pasini*: Renato Serra.
- *José Luis Romero*: Renán y la interpretación de la crisis del mundo antiguo.
- *Angel Rosenblat*: El fetichismo de la letra.
- *Vicente Salas Viu*: Papeles del destierro: París 1939.
- *Benvenuto Terracini*: Al margen de los cuentos de Pirandello.
- *Juan Turín*: ¿Por qué no se habla de Cherubini?



¡Qué gozo y qué sorpresa para el que está lejos, oír la voz de los que en su querida ciudad lo recuerdan!... Cuando algún familiar o amigo suyo salga de viaje, déle la alegría de llamarlo por teléfono. El servicio de Larga Distancia es tan cómodo como barato.

UNION TELEFONICA

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

VIAU

PRESENTA:

- ALEXANDRE SAKHAROFF: "REFLEXIONS SUR LA DANSE ET LA MUSIQUE"

Edición limitada. Ejemplar en papel Holanda $ 8.—

* * *

- MICHELÁNGELO BUONARROTI: "LE RIME"

Edición en idioma original con tres dibujos del autor

El ejemplar $ 16.—

VIAU

Sociedad de Responsabilidad Limitada
Capital: $ 280.000.—

FLORIDA 530 BUENOS AIRES

EDITORIAL NOVA

Presenta su nueva colección:

BIBLIOTECA HISTORICA

dirigida por JOSE LUIS ROMERO

TITULOS APARECIDOS:

VICENTE FIDEL LOPEZ: Memoria sobre los resultados con que los pueblos antiguos han contribuido a la civilización de la humanidad .. $ 2.50
JOSE LUIS ROMERO: Maquiavelo historiador ..... „ 2.50
EMILIO GEBHART: La Italia Mística ..... „ 4.—

EN PRENSA:

HERNANDO DEL PULGAR: Libro de los claros varones de Castilla.
PEDRO LASERRE: Un conflicto religioso en el siglo XII. (Abelardo contra San Bernardo).

EDITORIAL NOVA Avda. de Mayo 848 - 4º — U. T. 34 - 8698

NOVEDADES

LA AVENTURA Y EL ORDEN, por *Guillermo de Torre* ..... $ 5.—
En arte y en literatura hay dos corrientes: la aventura y el orden. ¿Cuál preferir? A este ensayo siguen otros sobre Unamuno, Ortega, García Lorca, Machado, Picasso y el cubismo, Freud y el psicoanálisis en arte, Walt Whitman, Valery, Rilke, Herrera y Reissig, Supervielle, etc.

CERVANTES, GOETHE, FREUD, por *Thomas Mann* ..... $ 4.—
Tres ensayos magistrales sobre estos tres grandes libertadores del espíritu. Prólogo de Guillermo de Torre. Ilustraciones de Atilio Rossi. Un volumen encuadernado en tela.

EL JOVEN ARQUIMEDES, por *Aldous Huxley* ..... $ 4.—
Todo el ingenio, la ironía y el originalísimo arte narrativo de Huxley llega a su punto más alto en estas novelas breves. Prólogo de Guillermo de Torre. Ilustraciones de Luis Seoane. Un volumen encuadernado en tela.

BERNARD SHAW, por *Frank Harris* ..... $ 5.—
Una biografía sensacional que constituye una experiencia única, ya que a lo largo de todas sus páginas, discutiendo con el autor, ha colaborado el propio Bernard Shaw.

LA SALAMANCA, por *Ricardo Rojas* ..... $ 6.—
Misterio colonial. Drama en tres actos en verso. Una edición de lujo a gran formato, con tres láminas en colores, 11 en negro y 10 páginas en reproducciones musicales.

LOS ISLEROS, por *Ernesto L. Castro* ..... $ 4.—
Premio único en la selección argentina para el concurso (1942-43) de la mejor novela latinoamericana efectuado en Nueva York.

EL PENSAMIENTO VIVO DEL PADRE VITORIA, por *Angel Ossorio* $ 3.—
Las doctrinas del Padre Vitoria sobre Derecho Internacional se anticipan a las sustentadas por muchos juristas modernos y cobran hoy día una extraordinaria actualidad.

María de Villarino: PUEBLO EN LA NIEBLA ..... $ 2.50

Adolfo D. Holmberg: LA AGONIA DEL MUNDO. El atardecer de Europa ..... $ 3.—
Recomendados por la Sociedad Argentina de Escritores como los mejores libros del año.

HORA CIEGA, por *Sara de Ibáñez* ..... $ 3.—
El mundo poético de Sara de Ibáñez se conmueve en este libro con las dolorosas sugerencias de la hora presente.

SOLO EN EL TIEMPO, por *José González Carbalho* ..... $ 3.50
En estos cantos el poeta busca su ser verídico y esencial por zonas de soledad donde todas las cosas recuperan su puro simbolismo.

NOCTURNO, por *Fermín Estrella Gutiérrez* ..... $ 3.—
Fondo y forma constituyen en **Nocturno** una sola expresión poética honrosa por la dignidad del canto y de alta jerarquía en el terreno del arte. ("La Nación").

OBRAS COMPLETAS DE FEDERICO GARCIA LORCA

Tomo V: DOÑA ROSITA LA SOLTERA O EL LENGUAJE DE LAS FLORES. MARIANA PINEDA. Tomo VI: ASI QUE PASEN CINCO AÑOS. DIVAN DEL TAMARIT. POEMAS POSTUMOS, cada uno $ 4.—
Tercera edición de estos tomos que incluye numerosos trozos inéditos hasta ahora.

ANTOLOGIA POETICA, de *Federico García Lorca* ..... $ 8.—
Compilada por Rafael Alberti y Guillermo de Torre. Un vol. enc. en tela.

DOÑA ROSITA LA SOLTERA, por *Federico García Lorca* ..... $ 1.50

MARIANA PINEDA, por *Federico García Lorca* ..... $ 1.50

ROMANCERO GITANO, por *Federico García Lorca* ..... $ 1.50

EDITORIAL LOSADA, S. A.

ALSINA 1131 BUENOS AIRES | MITRE 991 ROSARIO | COLONIA 1060 MONTEVIDEO

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

TALLERES GRAFICOS

PORTER Hnos.

★

Estados Unidos 1864-66 ✦ U. T. 23 - 4219

LIBROS
REVISTAS
CATALOGOS

•

todo referente
a impresiones

NOSOTROS

Revista mensual

FUNDADOR:
ALFREDO A. BIANCHI

DIRECTOR:
ROBERTO F. GIUSTI

•

Dirección y Adiminstración:
Avenida de Mayo 1370
Buenos Aires. - R. Arg.

Cursos y Conferencias

REVISTA DEL COLEGIO LIBRE
DE ESTUDIOS SUPERIORES

Suscripción anual .... $ 12.—..
Número suelto ..... „ 1.50
Exterior, anual, 1 libra esterlina ó 5 dólares

Aparece el 30 de cada mes

RED. Y ADM.:
CANGALLO, N.° 1372
BUENOS AIRES — ARGENTINA

ULTIMOS EJEMPLARES DE

EL SOL SOBRE LAS MANOS

NOVELA DE

RENATA DONGHI HALPERIN

(Historia de *otra* pasión argentina. Buenos Aires veinte años atrás. El *gringo* y el *hijo de gringo* arraigándose en el medio.)

El ejemplar: $ 2.—

PEDIDOS A **SAGITARIO**

CORRIENTES 465 U. T. 31 - 2210

INSVLA



SVMARIO

FRANCISCO CAPELLO: Rafael. - VICENTE BARBIERI: Poema. - ROSA CHACEL: Buzo vagabundo (relato). - MARIO BINETTI: Sonetos. - OCTAVIO DE FREITAS JUNIOR: Sugestiones sobre la crítica literaria y los problemas de la cultura. - VICENTE FATONE: Definición de la mística. - ROBERTO WEIBEL RICHARD: Alain, Sócrates y Platón. - *LA ESTELA EN EL TIEMPO:* Tucídides: El diálogo de Melos (Traducción de MARIA ROSA LIDA). - *LAS OBRAS Y LOS DIAS*: Notas de B. Terracini, F. Weber, J. Bernstein, R. D. H., A. H. Raggio, A. Serrano Plaja y R. Brughetti.

Año I - Núm. 3 Buenos Aires Primavera 1943

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Es propiedad ◆ Derechos reservados

PORTER Hnos. ◆ Impresores ◆ Estados Unidos 1864 - 66

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

R A F A E L

No hace más de dos generaciones era común oir llamar a Italia por los extranjeros, el país de la belleza, del arte, de la armonía, del amor, la patria de la ciencia, y, para usar las palabras de Tasso:

la sede
dell'onor vero e della vera fede.

No han desaparecido todavía de la circulación todos los libros que hablaban de Italia en tales términos. Sus condiciones políticas no eran buenas, no estaba unida y algunas provincias continuaban ocupadas por los extranjeros; pero también de esta inferioridad se consolaba pensando, con un escritor célebre en aquellos tiempos, que le había cabido entre las naciones el destino del sol, en el que no se apaga la lucha de los elementos, para que no carezcan los planetas ni de calor ni de luz.

Entonces quien hablaba de Dante o de Petrarca o de Ariosto o de Maquiavelo o de Galileo o de uno cualquiera de nuestros mil grandes maestros de música o pintura, o de nuestros grandes escultores, o de Colón o de Vespucci; quien celebraba aquellos hombres de muchas almas del renacimiento, cuales Alberti, Brunelleschi, Leonardo, Miguel Angel, estaba seguro de ser escuchado con gusto, aunque se encontrara entre extranjeros, porque todo aquel pueblo de gigantes se consideraba como internacional, y perteneciente a la civilización en general más bien que a Italia en particular.

Pero hoy las cosas han cambiado, y desde que Italia tiene vida nacional y parece poseer como reclamar aquellas glorias para sí sola, se diría que los extranjeros se empeñan en disminuirlas. Además de esto también en Italia se trabaja hoy para quitarnos, según la expresión de Dacio Papa, "el arte, la ciencia y la conciencia".

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Rafael es un ejemplo de felicidad casi único en la historia; y a juzgar por él se diría que no hay ni malignidad en las cosas, ni envidia entre los hombres.

La naturaleza se mostró artista delicado en componerle las facciones, y tejerle el organismo; hubo de forjárselo con una materia sin inercia, porque Rafael no conoció ni el reposo ni el cansancio; una materia dócil en extremo porque nunca supo lo que son dificultades e imperfecciones; su nota característica fué, para servirme de una expresión de Zola, la producción fácil, abundante y perfecta; y en cuanto a los hombres lo exaltaron como en triunfo toda la vida, le cargaron de dones y coronas, y le hicieron, muerto, una apoteosis llevándolo al Panteón, donde su tumba en el espesor de la pared está indicada por este dístico:

Hic ille este Raphael, timuit quo sospite vinci
rerum magna parens et moriente, mori.

Aquí está aquel Rafael; viviendo el cual la naturaleza temió ser vencida, y morir con él cuando murió.

La fortuna por su parte no podía elegirle para nacer lugar y tiempo más apropiados; el mismo azar quiso marcarle con una singular coincidencia haciendo que muriera en Viernes Santo como había nacido.

¿Fué Rafael el más grande de los pintores?

A quien me hiciese esta pregunta contestaría como el príncipe Massimi a Napoleón, cuando le preguntó un día, si era verdad que su familia descendía de Fabio Massimo: "Majestad, repuso el príncipe, son esas cosas muy difíciles de averiguar; pero puedo asegurarle que así se afirma desde hace dos mil años".

Se proclama a Rafael príncipe de los pintores casi a voz unánime desde hace cuatrocientos años.

Para algunos, sin embargo, la voz del pueblo no es la voz de Dios.

En "Roma" de Emilio Zola, un joven ambiguo, pálido, lampiño, que se encuentra en el Vaticano, allá entre el juicio de Miguel Angel y las Estancias de Rafael, no tiene ojos más que para Boticelli. "Es la repugnancia instintiva de la impotencia, contra la fecundidad sana", dice Zola.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Alude el novelista a los prerrafaelistas, que pretendían reconducir la pintura a los artistas anteriores a Sancio.

Pero no siempre es cuestión de snobismo; hay muchos que sienten mayor admiración para una calidad que sobresale, que para el equilibrio de la perfección; y para ellos ciertos rasgos de naturalidad incomparable de Velázquez, o las carnes tibias y transparentes de Ticiano lo valen todo.

—¿Qué hacer?

—¿Quién podía prohibir a Morgan que se enamorara del Amor sagrado y el Amor profano de Ticiano, hasta ofrecer por él seis millones y quinientas mil pesetas?

Mas aún, prescindiendo del temple y gustos individuales, no se puede negar que Hermann Cohen esté en lo cierto, al afirmar en su Estética que los genios que nos parecen más grandes son aquellos que reúnen las dos caras o notas del arte o, como él dice, los dos elementos del sentimiento estético. "lo sublime y el humor", cuales Esquilo, Shakespeare. Dante, Miguel Angel.

Esto no es óbice a que toda la antigüedad viera en Sófocles realizado el ideal trágico mejor que en Esquilo, aunque, como a Rafael, le faltara el humor.

Mas no se trata ahora del genio, sino sólo de la pintura.

Quisiéramos saber de labios de persona competente qué se ha de pensar del fallo de la opinión pública que asigna a Rafael el primer puesto entre los pintores.

Haremos caso omiso de la crítica romántica. Sabido es que para ella lo descompuesto, lo violento, lo desproporcionado, lo extravagante son los caracteres del genio. A propósito de los románticos, me parece notable un pasaje de Víctor Hugo en el Rhin.

Descendía el poeta en diligencia por una barranca cerca de Estrasburgo; era el amanecer, y a la obscuridad de la hora se añadía una niebla tupida que envolvía el carruaje. "Delante —dice— tenía a Francia, detrás a Alemania, Suiza a la izquierda, Bélgica a la derecha y yo no veía nada! Aquello era sublime —exclama— y no creo haber experimentado en mi vida emoción mayor".

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Así es. El romántico, en la naturaleza, como en la obra de arte, no ve sino lo que pone él mismo en ellas.

Si se prescinde del romanticismo y del snobismo, si se hace caso omiso de los juicios dictados por el amor patrio, o por el prejuicio, razones extrañas al arte, se puede afirmar que Rafael ocupa todavía en la pintura el puesto supremo que le asignaron sus contemporáneos.

Parecerá oponerse a esta afirmación el juicio de Vasari, gran escritor y pintor de valer él mismo; pero no ha de olvidarse que Vasari era toscano y que a la Toscana entonces le parecía robado a ella cualquier alabanza que se atributara a otra región. Además para Vasari que adoraba a Miguel Angel, la admiración para Rafael era una ofensa hecha a su ídolo.

Pero, en fin, ¿qué dice el historiador?

Dice que Rafael, cuando joven, asimiló la manera de Perugino, su maestro, mejorándola en el dibujo, en el color y en la composición.

El "Sposalizio" es de aquella edad, lo pintó a los veinte y un años (1504).

Después, dice, se esforzó por apropiarse lo mejor de la manera de Leonardo, a quien, según el sentir de muchos, afirma, superó "en la gracia y en no sé que natural facilidad"; pero según Vasari es inferior "en cierto fundamento terrible de conceptos y grandeza".

Luego, sigue Vasari, comenzó a liberarse de la manera de Perugino, y, para emular a Miguel Angel en el desnudo, a estudiar anatomía, y al cabo de pocos meses conocía todo lo cognoscible en la materia. Sin embargo comprendió que no igualaría a Miguel Angel en este punto y entonces se propuso superarlo en los demás. Pero, agrega, también en el desnudo se acercó a la perfección de Miguel Angel más que nadie.

Vamos, es el caso de Temístocles. Cuando se trató de designar al capitán que más se había cubierto de gloria en la batalla de Salamina, todos los caudillos de las varias ciudades nombraron primero a sí mismos y segundo a Temístocles, que resultó primero por todos aquellos segundos.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

He aquí con qué, según Vasari, compensó Rafael su supuesta inferioridad en el desnudo:

"en la hermosura del atavío de sus figuras";

"con hacer que algunas se pierdan en lo obscuro y otras avancen en la claridad";

"con la belleza de las cabezas de hombres, muchachos y mujeres, dándoles en ocasiones movimiento y gallardía";

"con dar importancia a la fuga de los caballos en la batalla, hacer fieros a los soldados";

"representar toda clase de animales, y hacer retratos tan parecidos y vivos que los originales se reconocían en ellos";

"cuidó los paños, las colgaduras, los yelmos, las armaduras, el tocado de la mujeres, el cabello, la barba...";

"pintó rasos, árboles, grutas, lluvias, rayos, cielos despejados, noches, claridades de luna, resplandores de sol...";

"y —fijémonos en estas palabras:— al cuidado de la composición añadió variedad y extravagancias de perspectivas y paisajes".

Según se echa de ver, para consolarse de no ser sino el segundo en el desnudo, inventó Rafael poco menos que toda la pintura.

¡Vamos! Si la perspectiva, si la división en varios términos, si el paisaje son extravagancias, si la hermosura de las cabezas, si el parecido en los retratos son cosa de nada, si la naturaleza entera, si la vida son cosas secundarias, ¿en qué consiste la pintura?

Vasari no habló, sin embargo, al azar, según parecería a primera vista; no es que los demás pintores y Miguel Angel descuidaran en absoluto aquello en que sobresalió Rafael, pero lo aceptaban como una necesidad sin darle mayor importancia.

Vasari no veía más allá de Miguel Angel, y éste, como los griegos, trataba la pintura como la escultura. Ese ideal estatuario se consideraba clásico por los partidarios de Buonarroti. Con Rafael empieza a mostrarse en la pintura la naturaleza, que debía en lo sucesivo sobreponerse casi al dibujo.

Se equivoca, empero, el historiador en indicar la dificultad del desnudo causa de aquella novedad; tan fácil le era a Rafael, tan familiar el desnudo que, a menudo, como hizo con la Transfiguración, pintaba las figuras desnudas y las vestía después.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Y ya que he nombrado a la Transfiguración, conste que venció con esta tabla, en un concurso, a Sebastiano del Piombo, que se le consideraba superior en el colorido, y a Andrés del Sarto que ayudaba de tapadillo a Sebastiano, y que, conforme el sentir del mismo Vasari, no tuvo igual en el dibujo.

La pintura para Leonardo es la reina de las artes; y como la música, no sintió el influjo director y avasallador de la antigüedad; sólo hoy se poseen pinturas antiguas de cierto valor, y en cuanto a la música antigua es todavía un verdadero problema.

Tal vez por esto mismo ambas artes rayaron alturas ni siquiera sospechadas por los griegos.

Sólo indirectamente, por medio de la escultura y los bajo-relieves ejercitó la Grecia algún influjo también en la pintura, como se advierte especialmente en Miguel Angel.

Objeto de la escultura es la vida cual se demuestra y florece en el cuerpo humano; pero objeto de la pintura en Italia, ya desde los inicios con Cimabue, es la expresión de los sentimientos; la pintura a la vida añade el alma; y en la expresión del alma nadie iguala a Rafael.

No hay movimiento psíquico, por delicado y complejo que sea, que no represente su pincel; por eso el valor de sus retratos es inestimable. Hermann Cohen estudia el de León X, y dice que permite conocer aquel pontífice mejor que todas las historias del tiempo. Tan viva era en Rafael la intuición del alma, que. a juicio de personas nada inclinadas a la exageración, en la Escuela de Atenas, por poco que uno esté familiarizado con los filósofos griegos, los reconoce a primera vista.

Conocemos a Dante por la intuición que de sus facciones tuvo Rafael. Hoy poseemos un verdadero retrato de Dante: el de Giotto, es la "misma cara", algo más joven; sin embargo, se sigue reproduciendo con preferencia el retrato rafaelesco.

Los dibujos demuestran que también Rafael iba, lápiz en mano, por las calles en busca de tipos; pero cuando pintaba eran las imágenes de su divina imaginación las que, evocadas por el tema, ibanse fijando en la tabla o en la pared.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Dió los diseños de los célebres gobelinos del Vaticano; uno de los cartones se conserva en la Biblioteca Ambrosiana de Milán, otros en Londres; se diría al verlos que corría con el carbón sobre una pauta, la línea procede tan segura que no se advierte ni una borradura. Miguel Angel veía la figura en el mármol y esculpir era para él descubrirla, quitar del bloque lo que lo envolvía; Rafael la veía en la pared y pintar era seguirla con el pincel.

El nombre de Rafael forma legión; todo un pueblo de figuras salió de su fantasía, todas típicas, todas con facciones distintas, y sin embargo con cierto aire de familia. Y esto le ha sido achacado.

No existían entonces ni escuelas, ni academias de pintura; juez era el pueblo, críticos los maestros que fallaban según las normas del arte; de la estética que pretende substituir la guía del sentimiento por no sé que presuntos principios no existía ni el nombre. "Yo sigo —dice Rafael en su admirable carta a Castiglioni— cierta idea que tengo de la belleza". He aquí todas sus teorías. No se exigían, por lo tanto, a un artista cosas superiores a la condición humana y que cambiara de modo de sentir y ejecutar con cada obra. El pintor se formaba su manera, como el poeta su estilo.

Hasta donde llegue la potencia de este genio en crear tipos y en variar la expresión de un mismo afecto, lo demuestra "su Biblia".

Es la ilustración de toda la historia sagrada que cubre la bóveda y la pared de un largo pórtico en el cuarto piso del Vaticano. Inventó entonces para encuadrar cada episodio aquella clase de ornato que se llama rafaelesco, una vegetación fantástica que brota de una fauna artísticamente monstruosa, y que fué definida un delirio de la belleza.

Tenía Rafael un séquito de centenares de discípulos que trabajaban por él o con él; una corte que el Papa costeaba.

Para los eruditos, enjambre zumbón y molesto como las moscas, es una satisfacción dejar doquiera la señal inmunda de su pasaje. Los sacerdotes con el pecado, los médicos con los microbios, los eruditos con las dudas, contaminan y envenenan toda fuente de deleite. Se discute, pues, si estas pinturas son o no de la mano de Rafael. Para nosotros es de Rafael cuanto la tradición indica como tal.

La belleza es el privilegio del arte intuitivo italiano; por la refle-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

xión y el discurso, dice un filósofo, se llega al concepto de la cosa, sombra de una sombra, pero nunca a su existencia; en arte la razón y el propósito no llevarán jamás a la belleza.

La razón natural, esto es Virgilio, guía a Dante hasta la cumbre del Purgatorio; la razón revelada, Beatriz, le acompaña hasta el último cerco del Paraíso y allí lo deja; sólo la intuición mística, personificada en Bernardo, lo eleva a la visión de Dios.

Mas tanto como por la variedad, lo característico, lo bello de la creación, sobresale Rafael en lo sublime del concepto.

Para juzgarle desde este punto de vista hay que estudiarlo en la segunda de las Estancias Vaticanas, que de él toman nombre, y en los grandes cuadros: el Espasmo de Sicilia; la Transfiguración; Santa Cecilia, etc.

Pintó las Estancias o Salas en aquella lucha titánica con *"Michel piú che mortal Angel divino"*, que duró casi todo el reinado de Julio II. Las dos obras maestras son la Escuela de Atenas y La Disputa del Sacramento; aquélla la más bella visión humana, ésta tal vez la más sublime.

Fuera del mérito artístico, asombra en estos grandes lienzos la erudición; ello es que entonces en Italia y en Roma, sobre todo, era más difícil encontrar a un ignorante que no sea hoy el hallar a un docto. Los grandes humanistas gustaban hacerse guiar y aconsejar por los artistas.

La Disputa del Sacramento fué pintada primero. Algunas indicaciones bastarán para dar una idea de su composición.

Una llanura, un altar en el medio con el Sacramento, y, a derecha e izquierda, agrupados en dos bandos, para significar la diferencia de las opiniones, los doctores o sentado o de pie, en toda la actitudes posibles de la meditación.

Es allí donde Rafael dió muestra de su independencia pintando entre los doctores aquel mismo Savanarola, ahorcado y quemado pocos años antes por obra de Alejandro VI; y pintó también a Dante, el enemigo del poder temporal de los papas, y esto bajo aquel papa guerrero que puede considerarse como su principal fundador. El papa en sus paramentos lujosos está a la izquierda del espectador.

Sobre la asamblea terrenal se extiende una nube, y, como en el

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

medio de otra asamblea, la celestial, la figura de Cristo. Su mirada es la mirada del misterio. Parece como que oyera lo que se discute en la tierra y estuviera esperando la sentencia que se va a pronunciar. Es la mirada misma con que Cristo debió de estar esperando la resolución de los doce apóstoles, cuando, anunciado por primera vez el nuevo misterio, la muchedumbre y los numerosos discípulos se escandalizaron, y apartáronse de él murmurando "dura es esta palabra", y no quedaron sino los doce; entonces vuelto a ellos: "¿Y vosotros —dijo— no os váis?

Pues mira aquí como hubo de mirar en aquel momento.

Poco antes había dicho que nadie llega al Padre sino por él, y por eso está como delante del Padre; también en la misma ocasión había hablado del Espíritu, el cual en la parte superior del cuadro aparece como centro de una media rueda de rayos dorados, por los que el Espíritu envía casi una explosión de figuras de ángeles, que, se diría, se originan en su descenso por los rayos, y al salir de ellos forman una corona.

No se creería que el mismo pincel pintara casi en el mismo tiempo las admirables desnudeces del palacio Farnese.

La luz entra en la Estancia por el lado de oriente y un espejo ustorio móvil la concentra sobre los cuadros que pintores de todas las naciones han copiado.

Quisiera dar una idea del Espasmo de Sicilia, sobre todo porque en ningún otro cuadro aparece mejor el mágico poder de Rafael al pintar el movimiento. También es notable su color intenso.

El color es la materia, es lo que da realidad concreta a las cosas; los cuadros de los grandes coloristas como Ticiano, son todos de entonación obscura y casi tenebrosa. Rafael ama más la luz que los colores, o, mejor, prefiere los colores encendidos por la luz. En este cuadro se diría que pinta la frescura de aquel débil alborear.

Cuando Hermann Cohen dice que es la naturaleza humana el objeto de la pintura, pensaba en Rafael; en el Pasmo de Sicilia, que en Madrid, donde se conserva, llaman a secas el Pasmo, hallamos el poema del amor materno. Y son cuadros como éste los que hacen la pintura superior a la más sublime poesía en la expresión de los afectos. Quizás digan que la música es más eficaz,pero la música

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

opera directamente sobre la emoción, y no la expresa; el calor produce la planta, mas la luz es la que la muestra.

Nadie como Rafael poseyó tan vivamente el sentimiento de la belleza de la mujer, el amor de sus formas y de su alma. Ni pensemos en las Venus griegas, son formas hermosas pero ambiguas; en los griegos, como en los muchachos, dice Lombroso, el instinto genético no estaba todavía enteramente diferenciado.

Rafael ama sanamente a la mujer, y si sus "Madonnas", depositando los niños dioses en el medio, se tomaran de las manos, compondrían la más perfecta corona de hermosura.

Todas son igualmente bellas, y entre ellas Paris se habría quedado con la manzana en la mano; todas tienen un tipo diverso y profundamente estudiado, y como no hay entre ellas más aire de familia que el de la belleza, es forzoso admitir que copiara del natural. Ni mencionemos a la Fornarina, que no reconozco en el supuesto retrato de la galería Barberini; podemos estar seguros que aquella dichosa mujer fué no menos bella que buena: la Fornarina de las tarjetas debía ser una criada de la Gioconda.

Respetemos a la Fornarina, todos somos deudores de horas de encanto para con Rafael y sola la Fornarina fué su acreedora.

Ninguna Virgen, como dije, más bella que otra, son tipos distintos; sin embargo la de Foligno tiene en su favor algunos votos de personas entendidas.

Antes que Pío X hiciera llevar al piso bajo las pinturas, estaba la Virgen de Foligno sola con la gran tabla de la Transfiguración en una sala de la Pinacoteca; colgada de la pared, frente a la ventana.

Está suspendida en el aire, sobre un paisaje de frescura maravilloso de la "Umbría verde"; el paisaje de Foligno, que levanta allá, en el fondo, su campanario. Se ve debajo de la Virgen la trayectoria de un bólido, aparecido precisamente por aquel entonces.

La Virgen es de una belleza sin molicie, pero no sin cierta gracia austera, no afectada.

Mas, ¿no sería ridículo pretender volver a pintar lo que tan bien ha pintado Rafael?

FRANCISCO CAPELLO.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

P O E M A

I

Yo no sé qué palabras
ni de dónde llegaban,
si piedra o si fantasma.

Pero sí sé que negros
y profundos los ecos
mi nombre repitieron.

Me detuve, anhelante,
en presagios del aire.
¿Nube sola, sin ángel?

Callado valle.

II

Era la hora justa
que en el pulso circula
y en la frente se nubla.

Por mi mar, por mis aguas,
iba la luna clara,
tan muerta como santa.

Su mapa en los desvanes,
su vara en los trigales,
su anillo entre los ángeles.

Cielo distante.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

III

¿Qué sombra, qué azucena
señalará su huella,
sino total, apenas?

Y caían las hojas
sobre mis hombros: todas
mensajeras de sombras.

Porque este es el relato,
mi Dios, mi relicario,
mi frente sin amparo.

Río lejano.

VICENTE BARBIERI.

Unquillo.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

BUZO VAGABUNDO

En el rincón obscuro de una taberna, en la conjunción de dos taciturnas paredes cuyo regazo de bancos de madera acogía a una mesa y cuatro o cinco bebedores, no diré en el corazón de un barrio sino en su maraña de callejones, dentro de su ovillo, en algún punto impreciso y apenas verídico especialmente, ví a un hombre extender la mano hacia el ángulo de los muros que quedaba enfrente, señalar al punto aquél donde el musgo de sombra los fundía despidiendo su polen silencioso, y con un movimiento allanador difundir espacios, desparramar alusiones a una luz lejana y desconocida de todos.

Olvidé el nombre de la comarca mentada, pero no el sol de sus praderas: la transubstanciación consumía las palabras como la llama el cuerpo donde se ha inflamado. El verbo se hacía valle, ladera o cañada, y el aroma de su clima trascendía a una verde estación sobre cuya inmutable frescura las lámparas de la realidad contingente no podían arrastrar su luz.

El camino de aquellas tierras es volver la cabeza hacia un rincón obscuro, señalar con la mano cuando el alcohol ha dado ya a la voz el terciopelo necesario para pronunciar las palabras que se encienden en la sombra. Pero no siempre es esto lo que buscamos.

Al borde de un camino ví otra vez, bajo un sol pertinaz, por entre piedras que se desparramaban en la vertiente, una cuadrilla que llegaba al trabajo y descendía por la colina hasta el cauce de un arroyo seco. Maniobraban con sus herramientas, amontonaban materiales, excavaban, desbastaban piedras: su actividad resultaba incomprensible; allá abajo donde trajababan nada indicaba la planta de lo que fuesen a fabricar, ningún trazado se definía. La luz áspera de la mañana les alumbraba con empeño; hubieran podido contar las partículas del polvo y los poros de las piedras. Áridamente, seca-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

mente trabajaban, con una lentitud sin contornos. Alcé los ojos y ví de pronto rutilar el sol en la superficie del lago.

Así fué, exactamente: comprendí antes de ver, o más bien vi lo que había de ser antes de comprender lo que estaba viendo.

Habían tendido un cable a varios metros sobre sus cabezas, un cable que unía las dos vertientes, algo más bajo que el camino. El que yo traía era apenas una senda arbitrariamente ramificada; enfrente estaba el camino de la ciudad. El sol brillaba en el cable de acero.

Desenvolví la línea marcada por él hacia el fondo de la cañada, hasta que el plano tocó en las debidas alturas y recortó en ellas sus playas. Entonces ví la cabaña de bambúes que habían construído a la orilla, ví la ventana por donde se escaparían de noche las canciones, y la rampa por donde deslizarían las barcas. En medio de aquella blancura polvorienta, sin cerrar los ojos ante la cuenca donde la luz hincaba sus uñas, ví claramente su plenitud nocturna, la luna y las estrellas viajando sobre su superficie tersa.

Días después comprendí que les irritaba mi presencia. Unos creían que buscaba trabajo, otros conversación: las dos cosas que es bueno evitar. Yo no quería más que vivir en el fondo del lago, recorrerle, conocerle en todos sus rincones, asistir a su gestación, a la lenta construcción del dique que crecería imperceptiblemente extendiendo su mole de un lado a otro.

Les miraba cómo trabajaban y les dejaba que me mirasen: no huía; tuvieron que acostumbrarse a mí. Cuando veía que me miraban, seguía firme en mi sitio; después, cuando todos estaban distraídos, me escapaba hacia el fondo. Primero dí largas caminatas invertidas sólo en estudiar la topografía. El lago acabaría por tener la forma de una flor acampanada, con su cáliz y su corola; aproximadamente la de una fucsia. Construían el dique en el punto más estrecho, donde quedaban más próximas las dos colinas. En él remataría la parte alargada, de contornos ligeramente convexos, que figuraría el cáliz; después se ensancharía en una extensión semioval, en la que desembocarían diversas vertientes irregulares. . Una vez lejos del dique me era difícil precisar la altura exacta que alcanzaría el agua, pero paseando por las lomas más alejadas me parecía descubrir los lechos

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

de pequeños arroyos que al engrosar por la subida del agua serían como los pistilos.

Tuve rápidamente una idea cierta de sus perfiles, que llegarían a ser a veces pedregosos, a veces difusos en las altiplanicies enlodadas, a veces escondidos en las espesuras vegetales donde los limos se remansarían pronto formando albergues para los pájaros acuáticos que habían de descubrirlos.

Cuando volvía al dique, los que trabajaban seguían de espaldas al lago, seguían arañando la tierra, ahondando la cimentación en enormes fosos cuadrangulares que ya empezaban a estructurarse, y sentían mi mirada como si les zumbase cerca: volvían la cabeza sin querer.

Yo creí que podría prolongar el juego impunemente, pero de pronto me di cuenta de que era necesario jugar una carta decisiva. En el espacio de tiempo que se abarca con dos pasos calculé el precio que tendría que pagar. Oí detrás de mí los pasos de un hombre, y me volví: era el capataz. Dió aún dos pasos más acercándoseme; entre tanto yo había planeado el pacto que se cerraría poco después. Pensé, ¿trabajo, conversación?... El hombre venía dispuesto a echarme de allí; venía hosco, el cuello corto envuelto en sus hombros enormes, petulante sin arrogancia, cinchado con profusas hebillas. Todo esto lo abarqué en la primera mitad del primer paso; en la segunda tracé el plan; en el paso siguiente la acción era ya mía.

Disimulé ante todo que había comprendido sus intenciones; es más: le hice creer que era él quien había descubierto las mías, que en efecto —pues también existía esta probabilidad en su informe razonamiento semirracional—, yo rondaba por allí retardando el embarazoso momento de pedir trabajo. También le hice comprender que yo no sabía trabajar, que yo no había nacido para sumarme a la tarea de aquellos pobres tipos que partían o acarreaban piedras.

Todo esto no sé cómo, por medio de esas sugestiones que no se puede jamás trasladar al relato, porque brotaron en una efímera y chispeante cadena de oportunidades. Al fin y al cabo creando un ambiente de magnificación del puesto de él, mediante el cual le hacía comprender que yo no aspiraba a menos, que yo en cierto modo pretendía ser su igual.

Parecerá absurdo, pero con esto el hombre se sentía vivamente

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

halagado, percibía sin sombra de duda que yo no hacía opción a su autoridad, sino a otra que andaba vacante y que sería buen contrapunto de la suya.

Claro está que hubo alguna preparación lógica por mi parte, algunas alusiones a la garantía que podrían prestar en lugares más o menos conocidos de la región, pero eso fué secundario: lo decisivo se iba creando mediante ese ejercicio de supertanteo con que se consigue poner en la mesa una moneda sostenida sobre el canto. De pronto noté que había dado con el centro de gravedad de la sugestión: el capataz me ofreció sin ambajes el puesto de guarda de las obras.

Crucé con él al otro lado, me llevó a la cabaña, me enseñó las pocas cosas que quedaban bajo llave por la noche y un pequeño cuchitril al lado donde podría descansar.

Había por allí un par de perros indefinibles, sin más distintivo que un mal humor cerrado a toda transacción. También algunos trabajadores se acercaron a ver lo que había de nuevo, y el capataz les dijo que ya no era necesario que se quedase ninguno a hacer la guardia.

Fueron pasando las diversas horas de la jornada; al caer el sol se marcharon todos en el camión, y me quedé solo, enteramente dueño del lago.

Recorrí la obra, ví los depósitos de cemento junto a la plataforma de la grúa. Miré hacia el fondo de la cuenca y estuve tentado de pasear por ella hasta que cayese la noche, pero desistí: ahora tenía mucho tiempo por delante.

Arreglé mis cosas en el cuartucho de la cabaña, preparé la lámpara de carburo, silbé a los perros, y les ví aproximarse de lado, sin mirarme: sólo sus orejas parecían darse cuenta de que estaba allí. Pero pasó la noche, y al amanecer les sentí rebullir junto a la puerta. Cuando salí se sacudieron el pelaje alegremente a mi alrededor. Toda su hosquedad, todo su crispamiento habían desaparecido. El día anterior no conseguí vencerles con mi táctica de ademanes amistosos, pero la noche, el simple hecho de la soledad que había envuelto nuestro sueño, había bastado para que se entregasen.

Me fueron encomendados pequeños trabajos: ir con el camión a la ciudad a buscar vino y tabaco, armarles con cajones un pequeño bar donde se despachaban grandes vasos frecuentemente, porque el

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

calor iba ya arreciando, tanto que al poco tiempo aquello no fué suficiente y se empezó a hablar de instalar un cafetín próximo a la cabaña. El capataz lo había tratado con un tabernero de la ciudad que estaba dispuesto a sostenerlo. Le oí notificárselo al ingeniero que caía por la obra a media tarde. Una vez puestos de acuerdo, el capataz decía extendiendo la mano: —Que hagan ahí una barraca, y los muchachos podrán tomar un refresco a la hora del descanso.

Este estribillo lo repitió veinte veces, acompañándolo del mismo ademán. Entonces yo, viendo dónde señalaba, le dije como sin querer: —Pero no irán a construir la barraca en el embarcadero.

Se quedó confuso. No sabía que yo aludía a la rampa natural por donde había visto deslizar las barcas, y por fin contestó: —No, la harán al otro lado.

El cafetín me relevó del noventa por ciento de mis obligaciones: entonces ya no tuve que hacer más que desaparecer de cuando en cuando con naturalidad. Los perros me secundaron: durante el día ni ellos ni yo éramos necesarios.

Abajo, en el cauce, ya no quedaba ni un hilo de agua. En las veredas que bajaban por las faldas de las dos colinas crujían las piedras bajo los pies a punto de deshacerse en polvo. Una vez lejos del canal, allí donde la cuenca se ensanchaba recibiendo en ella las estribaciones de otras colinas muy diversas, había ya algo de vegetación, aunque achicharrada por el estío. Había grandes zorzales, bosques de ortiga y de cicuta y algunos grupos de abedules que conservaban su juventud contra la corriente de fuego que traía el aire. Al pie de sus troncos encontré lugar para las siestas. Reservaba para ellas parte del sueño robado a la noche expresamente. Por cualquier ruido, un gruñido de los perros, un eco de un carricoche pasajero, salía con la linterna y gastaba media hora en revisarlo todo. Me quedaba a veces largos ratos sentado al borde de la carretera, y miraba las estrellas pensando: No importa que no duerma ahora, mañana dormiré debajo de los árboles. Y en cuanto pasaba el mediodía me iba para allá, siempre por los mismos pasos. Los perros llegaban antes, y se paraban en el lugar donde la hierba guardaba aún la forma de mi cuerpo; esperaban a que me tendiese allí, y después correteaban o descansaban a su gusto.

Las hojas de los abedules parpadeaban como las estrellas, mos-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

trando y escondiendo su revés plateado. Y aunque me durmiese profundamente, siempre tenía la sensación de haber seguido viéndolas en mi adormecimiento. Viendo el temblequeo de las hojas y oyendo el arrullo de las tórtolas. Me abandonaba a la deriva sobre la marea de aquel arrullo que llenaba el ámbito y le hacía dilatarse hasta convertirse en desierto, y convertirse él mismo en rugido de león.

Un día, al llegar, encontré aquella límpida verdura manchada por un olor hediondo. Busqué, insté a los perros a que buscasen, pero no quisieron interesarse en el asunto. Después de largo rato, descubrí entre unas zarzas un gato muerto. Era blanco; debía hacer que estaba allí unas horas solamente. Estaba caído sobre el dorso, la cabeza le colgaba hacia atrás, las manos en el aire se doblaban sin rigidez, blandamente: parecía una mujer. No volví a la alameda.

Al ir llegando al dique aquel día, me dí cuenta de que había crecido ya varios metros. Desde la carretera se abarcaba todo su volumen, que todavía no era más alto que ancho. La enorme base se estrechaba muy lentamente hacia arriba, y los trabajadores iban y venían sobre él como sobre el cuerpo de un inmenso cetáceo. Los castilletes del cemento, más que construcción parecían espinas que fuesen quedando al descubierto.

En el otoño volví a dar largos paseos por otra cañada que hasta tanto no había frecuentado. El suelo estaba lleno de hojas de roble, tan coscorudas que el menor contacto las hacía crujir. Así pude percibir un roce prolongado y cauto pasando sobre ellas: una culebra marchaba, atenta a su propio ruido; sólo la cabeza despegada del suelo ondulaba por la vertiente abajo hasta desaparecer en una grieta.

El sol había dejado de calentar, pero brillaba con el mismo tesón de siempre. Ya había helado algunas noches, y ni el mediodía lograba deshacer la cristalización del frío escondida en las herramientas, en todos los utensilios del trabajo de diferentes materias. El palo era más sordo, el hierro más mordiente; todas las cosas más hostiles al tacto.

Las máquinas se movían chirriando más estridentemente. Yo, como siempre, miraba parado al borde de la carretera. Contemplaba todo aquel movimiento que se lograba encubriendo más que sobrepasando la paralización del frío delatada en la torpeza de hombres y máquinas.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

La grúa funcionaba con su vaivén conocido, y los que andaban alrededor regulaban con él sus movimientos. Bastó que la inadaptación de los pies al suelo —arena entremezclada de escarcha— desacordase los pasos de uno de ellos para que se encontrase en el lugar que correspondía a la trayectoria del brazo de la grúa. El garfio, con su carga de cemento, le empujó con un manotón lento e irresistible y el hombre rodó por la barranca atontado hasta estrellarse contra las piedras del cauce.

Se tardó unos minutos en llegar a recogerle, y nadie creía encontrarle con vida: la cabeza parecía destrozada. Sin embargo, vivió.

Tardó mucho en aparecer por la obra: cuando volvió bebimos a su salud.

El dique había crecido mucho en aquel último tiempo. A medida que se hacía más delgado, se le veía aprovechar más el cemento que tragaba, y empezaba a tener cierta belleza. Había en su concavidad esa perfección tan satisfactoria que deja en la arcilla la mano del alfarero. Sus flancos plomizos eran tersos y se curvaban, ensanchando hacia la base elegantemente, como si arrastrasen una falda.

Después fueron rematándose los diversos órdenes de compuertas. Empezó el ruido pertinaz de los sopletes y los remachadores eléctricos; serpentearon por todas partes cables de diferentes espesor que llegaban en enormes bobinas; aparecieron palancas, conmutadores, barrotes tubulares que encajándose unos en otros formaron las dos barandillas que bordearon el dique.

Como iban dándole por terminado, empezaron a urbanizar los caminos que conducían a él. Construyeron garitas para los vigilantes en los dos extremos, y en la vertiente frontera al camino de coches una gran nave con montera de vidrio, donde instalaron inmensos dínamos que aún no latían.

El invierno había sido muy seco en todo el contorno, pero en la sierra próxima había grandes nieves que amenazaban fundirse, así que los caudales, desviados mientras duraban las obras, volvieron a encauzarse hacia la cuenca, y al ir engrosando a medida que los días se hacían tibios, acudían como pequeños torrentes, confluyendo en uno mayor que iba a estrellarse contra el dique.

Durante dos o tres días el agua se revolvía al ser detenida en su curso, como un animal que encontrase cortado el paso a su guarida.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Yo la oía por las noches burbujear saltando y recayendo sobre sí misma en tirabuzones de espuma, hasta que el ruido fué apagándose, amortiguado por la propia masa del agua. El fondo pedregoso del cauce quedó cubierto, y los torrentes se volcaron ya sin alterar más que una pequeña zona donde caían. Junto al dique iba llegando la corriente cada vez más pesada, sin furia, y al retroceder le lamía alzándose apenas y formando remolinos casi imperceptibles.

El agua llegaba ya a más de la mitad del nivel calculado. Una mañana el capataz nos llamó a unos cuantos, los tres o cuatro a quienes encargaba las misiones de confianza, para que descargásemos unos barriles que habían venido en el camión. Los bajamos con cuidado por un sendero, hasta el borde del agua, y los volcamos en el lago. Varias docenas de carpas se apresuraron a buscarse la vida por entre las aguas aún no reposadas.

A cada lado del dique todo fué civilizado unos cientos de metros, alquitranado el camino, encintado con granito y bordeado de postes blancos y señales metálicas, que por la noche reflejaban los focos de los autos. Allá en el fondo, en las laderas boscosas e irregulares, el lago mismo se trabajaría sus márgenes. Fué sólo el trozo que recibía el contacto de la ciudad el que quedó acicalado con todo detalle.

El cafetín, al perder su clientela de trabajadores, se transformó en punto de descanso para los automovilistas. La cabaña quedó desalojada de herramientas; pusieron por el suelo cueros de borrego, trajeron butacas y una mesa de trabajo. El ingeniero colgó de las paredes los planos del dique y se guardó la llave en el bolsillo.

Vi que iba a decirme que desocupase el cuartito de al lado, pero me anticipé proponiéndole un jardinillo, alrededor de la cabaña. Le enseñé la tierra negra que había ya traído y él dijo: Bueno.

Con unas plantas de pensamientos formé un macizo todo alrededor. Trajeron una barca, se le hizo un cobertizo al otro lado de la rampa, y los remos vinieron al cuchitril que yo seguía ocupando con los útiles de jardinería. Hacía tiempo que se habían llevado a los perros.

Cuando el lago alcanzó su pleno, culminó el día de la inauguración. Personajes, gentío y el agua, precipitándose por las compuertas, luminosa, curva y pesada, sedosa y avasalladora.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Dos días después me despedí; decidí marcharme al caer la tarde. Los vigilantes me dejaron pasar por el dique, porque quería tomar el sendero por donde había venido.

Ahora recorro las orillas y veo que el agua rectifica muy poco los cálculos que yo había hecho. Inunda los robledos, cubre los abedules, llena todo el espacio que antes llenaba el arrullo de las tórtolas. El agua se ha infiltrado ya por la grieta por donde se deslizaba la culebra, y las carpas acaso vayan a desovar junto a las piedras donde el hombre dejó su sangre.

Ahora ¿junto a qué mesa familiar, bajo qué luz de un pobre cuarto estará el hombre aquél, ahora, al amanecer del día de hoy, cuando acaso las carpas aplican sus hocicos a las piedras que empaparon su sangre?...

Todo este tiempo, múltiple como una rosa de cien hojas, estaba cifrado en la idea del lago a la que hoy se adaptan sus orillas sin esfuerzo, tan estrictamente como se ciñe el dique a los diseños del ingeniero. Mejor aún, porque el lago guarda la ley a través de sus cambios sucesivos: de las cuatro estaciones, del día y de la noche.

Los rayos del sol rutilan sobre sus aguas formando el mismo ángulo que formaban sobre el cable de acero, y por la noche, cuando los hombres vienen a la cabaña y abren la ventana por donde se escapan las canciones, la luna y las estrellas viajan sobre su superficie tersa.

ROSA CHACEL.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

S O N E T O S

1

Ven tú, oh clara luna en rosa llena
a serenar mi sed de piel de nardo,
y a este viento de amor vencer serena
de altura frente al mundo en que amo y ardo.

Tierra en mis manos tiembla con delicia,
y el agua extiende su blandura grave
de mujer que se da con la caricia,
náufraga de su propia muerte suave.

La espuma fulge y la corola es fuego:
la noche es raso para el áspid leve
del mucho llanto y de la dicha breve.

Junto a la rosa de su cabellera,
déjame luna estar, que ya en mi ruego,
gime un fantasma de otra primavera.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

2

De tanto amar y andar, decid, qué queda,
iris de espuma, labio de corola,
trémula fuente, moribunda ola,
tarde esfumada y viento en la alameda:

¿dónde guardó el ensueño su ceniza?
¿dónde enciende violines la tristeza,
y la dorada edad canta en pureza
de trino estremecido tras la brisa?

Deja correr el tiempo su agua mansa,
y está la vida al borde de la muerte,
mientras la boca que besó descansa.

Y aunque en fragantes llamaradas arde
nueva ilusión, sereno de su suerte,
el corazón comprende que ya es tarde.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

3

MUCHA penumbra junto al paso lento,
y un crepitar de ramos en la hoguera,
y un leve azul de estrellas y de viento
sobre áurea fronda en plena primavera:

un enflorado mar de espuma ardiente
batiendo voz y pecho de fatiga,
y un sueño muerto en paz tras comba frente
que ebria de amor se curva en mano amiga:

fugaz pasa mi sombra en clara hora,
y deja humilde en sordo torbellino
seda de verso que en silencio añora.

Cuando deba partir me iré más fuerte,
con la sien suave de violeta y vino
hacia el umbral dorado de la muerte.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

4

DAME tu corazón, tierra con cielo,
y tú, ramaje fino, tu palabra
por donde como en mármol amor labra
su desazón eterna y sin consuelo.

Dame tu luz, semblante de la rosa,
y un sueño en paz, encaje de la estela:
de tanto andar ya tengo en la escarcela
frío de infiel fortuna presurosa.

¡Oh, la áurea miel en boca de ceniza!
Lejos el mar y cerca el dulce puerto,
y este amor inmortal que ya se ha muerto:

¿oyes tú, mariposa entre la brisa?
Soy yo y es tarde en mi tristeza bella:
dame un ala de luz y muera en ella.

MARIO BINETTI.

Mendoza.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

SUGESTIONES SOBRE LA CRÍTICA LITERARIA Y LOS PROBLEMAS DE LA CULTURA

No hay ninguna duda de que todas las críticas sobre Homero nada valen comparadas a la Ilíada, decía Diderot contra los críticos. Pero queda por ver si el hombre inculto gustaría de la Ilíada a primera vista. No lo creo. Del mismo modo Camoens es detestado en los colegios y gimnasios, y de igual manera el burgués no soporta a Cocteau.

Aun lo bello natural —el paisaje, el océano, la luna— es una sensación que se adquiere, para realizarse íntegramente. Es indudable que el primario se conmueve con la luna, mas se conmueve del mismo modo que los gatos escogen las noches de luna para sus aventuras eróticas sobre los tejados. Se conmueve por instinto. Y llegamos aquí a una cuestión de grande importancia: ¿es el sentimiento de lo bello una operación del instinto o de la cultura? Soy de los que creen en la segunda hipótesis.

Hay realmente una parte *natural* en toda emoción estética. Pero esta parte es meramene física, es una emoción inmediata, que difiere profundamente de la otra, la *"adquirida"*. La adquisición de valores es lo que se llama cultura. Adquisición que se puede hacer por vías eruditas o por simple sucesión de situaciones vivenciales.

La cultura es la formación espiritual, la adquisición de forma espiritual, fenómeno que sólo se da en el hombre; y no en todos, pues en algunos esta formación no se perfecciona, es decir, se torna limitado en su realización; se materializa, se bestializa, y entonces va a realizarse como un cojo en la competición de una carrera: tórnase desde "gangster" o fascista hasta hombre de negocios esclusivavamente preso del negocio o del lucro.

Tolstoy, según Máximo Gorki (*Trois Russes* —N. R. F.—), no amaba a los niños por sentirlos incapaces de piedad. Por otra parte

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

la idea no es de Tolstoy: ya hubo época en Francia en que estaba de moda designar a la infancia como "l'âge sans pitié". La infancia es precisamente una fase anterior a la formación espiritual. Y la piedad —que se afirmó en el Occidente con el Cristianismo— es valor espiritual y forma parte, por lo tanto, de la cultura.

Ahora bien, los valores de la civilización forman un todo único. La idea monista de los valores es una de las adquisiciones espirituales de mayor alcance, que heredamos de la filosofía griega como de la teología hebrea; del monoteísmo hebraico convertido en ética con Cristo. No podemos prescindir de este monismo, cuya importancia moral es trascendente.

El pluralismo de los valores, que existe en las fases iniciales de las civilizaciones, coincidiendo con el politeísmo, y resucitado una que otra vez en la historia del pensamiento europeo por un racionalismo falso, es uno de esos errores que son al mismo tiempo pecados contra la dignidad del hombre. El pluralismo de los valores da lugar a Maquiavelo y sobre todo al maquiavelismo; a la separación entre la política y la moral. Separación que es el grande error, el mayor error del nazismo y de todo fascismo. Que *justifica* errores y crímenes *morales* (opresión del pueblo, cercenamiento de la libertad, esterilización forzada, progroms, política de aumento de la natalidad mediante una prostitución disfrazada, etc.) por necesidades *políticas*. La separación del valor estético del moral o del lógico; las fórmulas igualmente equivocadas de "arte por el arte" o "arte social", olvidando que lo bello estético corresponde al bien moral y a la verdad lógica, aun cuando la última parezca muchas veces inaccesible a un examen superficial. A un examen "silogístico". De este modo es lógico el surrealismo, el dadaísmo, la poesía moderna, a pesar de haber podido escapar a la simplicidad de ciertas fórmulas lógicas. "El artista es un ser rigurosamente lógico" escribió el grande poeta que es Carlos Drummond de Andrade ("Carta").

Vemos por todo esto que la adquisición de valor es cuestión de cultura. De ahí el sentido profundamente *didáctico* de la Crítica Literaria, como la había definido Sainte-Beuve: enseñar a leer a los otros.

Es verdad que ser crítico no supone una investidura sacerdotal. Ser crítico siempre fué o será una improvisación. Pero el crítico es

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

—o debiera ser— un individuo esclarecido y que procura esclarecer. Esclarecido por el análisis de los "poncifs", por el estudio y por la meditación. O por la síntesis de sus situaciones emocionales.

Hay un símbolo del mundo contemporáneo, cuya importancia tal vez escape a muchos. Pasaban sobre Inglaterra los días terribles en que los aviones alemanes amenazaban destruir a Londres. Las bombas de tiempo —mecanismos complicados y secretos— mantenían la población de la ciudad en constante inestabilidad nerviosa. Las autoridades inglesas ordenaron la formación de un cuerpo encargado de la destrucción de las bombas de tiempo lanzadas por los aviones. Pero los operarios, los técnicos no conseguían llegar al fin de sus trabajos: las bombas explotaban antes que terminaran de desmontarlas. Imposible la formación de técnicos, pues todos los que se iniciaban en la tarea desaparecían destrozados por los aires. Entonces los voluntarios resolvieron el problema: colocaron micrófonos delante de la boca, ligados a los estudios donde se grababan discos, y a medida que desmantelaban las máquinas de destrucción describían todo lo que veían, todas las piezas, lo que hacían. Hasta el momento de la explosión, en que morían; pero ya quedaba grabado un disco. El relevo siguiente ya tenía una fuente en que instruirse. Continuaban el disco inacabado; y así se hizo hasta el día en que el micrófono no registró más el estruendo de la dinamita al deflagrar. Se terminó el disco y las bombas de tiempo ya no tenían más secreto. Pienso que más que "el bombardero", como opina Waldo Frank ("Ustedes y Nosotros") un tanto pesimista, estos hombres representan el ideal de la humanidad no sólo de hoy sino de todos los tiempos. "El hombre aun mortalmente herido, aun moribundo, es siempre el vencedor. Bella es su aspiración de conocerse a sí mismo, de conocer la naturaleza, y aun cuando su vida sea dolorosa, extiende de más en más sus límites, creando con su pensamiento una ciencia sabia y un arte maravilloso" (Máximo Gorki).

Este ensanchamiento de los límites de la vida es fruto de la palabra y con éste se construirá la civilización. La conciencia del hombre.

El animal no transmite a su semejante las experiencias que sufrió; por eso no se forma espiritualmente. Pero el hombre nó: el hombre habla hasta el fin, y desde el comienzo: en un comienzo era el Verbo, y en el fin será el verbo. El verbo lo asemeja a Dios, es el

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

don de Dios. La comunicación le hace extravasar su *yo* en otros *yos*, percibe a sus semejantes como tales, crea una táctica espiritual y forma su cultura.

La función del crítico no es otra. Cuenta lo que experimenta delante de ciertos excitantes de su sensibilidad. Su experiencia se restringe a una esfera, la de la vida literaria. Pero nunca deja de ser un gran hablador de sí mismo. Por lo demás la idea es vieja, pues ya la defendía Anatole France.

Hay una esquematización —con todos los errores de las esquematizaciones— que hasta cierto punto expresa bien la función del crítico: es la que divide el público literario en dos grupos, el de los cultos y el de los incultos. El crítico sería el representante del primero, hablando al segundo grupo. (Vide Giner de los Ríos - Teoría de la Literatura y de las Artes).

¿Será entonces un pecado de orgullo el que condiciona la decisión del intelectual de hacerse crítico? Y este orgullo ¿no estaría presente en cualquier creador de símbolos, sea compositor, pintor, escultor, novelista o poeta? Todo aquel que se impone el ideal de crear, de vivir para el valor espiritual, ya desde un comienzo se separa de la masa y se encamina a una *élite*. Aristocracia muy distante de las llamadas *élites* sociales o económicas, incluídas las más de las veces en el grupo de la incultura.

No es por lo tanto propio del crítico el pecado de orgullo. Antes, en el crítico, este pecado —por otra parte, incluso no es pecado— se atenúa. El no quiere perder contacto con la masa. El crítico no escribe para esa *élite*. Es un error pensar que el crítico trabaja para los escritores y pensadores; se dirige únicamente a la masa.

Octavio de Freitas Junior.

Recife, octubre de 1943.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

DEFINICIÓN DE LA MÍSTICA

HOMBRE soy y nada divino considero ajeno a mí. Con esta fórmula podríamos indicar el término del proceso místico, que se inicia con la exigencia expresada así por Novalis: "Dios quiere dioses". En cuanto al proceso en sí, valen estas palabras: "un ejemplo de lo que los biólogos llaman tropismo, es decir, una tendencia inherente de los seres vivos a volverse hacia la fuente de su alimentación". Es el enderezamiento hacia la fuente que mana y corre, hacia la *fons vitae* de Ibn Gebirol. Y mejor aún valen las últimas palabras de Plotino: "vuelo del Unico hacia el Unico".

La mística es, ante todo, experiencia. Las explicaciones místicas —decía Nietzsche— pasan por profundas, pero no son siquiera superficiales. Y Nietzsche tenía razón, aunque no había advertido que no son siquiera superficiales porque no son explicaciones. Le hubiera bastado, para saberlo, abrir el libro de los "Nombres Divinos" donde se dice que ese largo discurso no tiene por objeto explicar nada, ya que se refiere a lo inefable. Pero, aunque no son explicaciones, no pretenden comenzar, como Hegel les reprochaba, con el *pistoletazo* de la intuición intelectual o de la verdad revelada. En el mismo tratado de Dionisio el Aeropagita se advierte que lo inefable escapa también a la mirada intuitiva de los bienaventurados.

La experiencia mística es, como toda experiencia, incomunicable, pero no impracticable. Eso está igualmente en Dionisio. Como experiencia, la mística prescinde de explicaciones, aunque pueda tolerarlas; pero éstas no son ya explicaciones místicas sino explicaciones de la mística. Conviene señalarlo, para prevenir la confusión entre hecho y doctrina, entre mística y misticismo.

Ante todo, ¿de qué es experiencia, esta experiencia? La experiencia mística puede ser definida como *sentimiento de independencia*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

absoluta. La mística queda contrapuesta así a la religión, que, de acuerdo con la famosa definición de Schleiermacher, es sentimiento de absoluta dependencia. En ambos casos, la palabra sentimiento puede ser reemplazada, como sucede en el pensamiento de Schleiermacher, por la otra: experiencia. Se evitan así las implicaciones románticas y las restricciones de ese *sentimiento* que induce a no ver en la religión y en la mística sino un énfasis de lo afectivo, aunque ésta no había sido la intención de Schleiermacher. A pesar de esta contraposición, o gracias a ella, la mística es el término y el fundamento de la experiencia religiosa, y ésta, sólo un momento de un proceso que cobra sentido en aquélla.

Esa independencia es *absoluta*. No se trata de una independencia lograda en este o aquel aspecto de la vida del espíritu sino por el espíritu mismo en su integridad. Sin embargo, siempre han merecido atención preferente, cuando no exclusiva, los aspectos devocionales y ascéticos de la mística, sus modos estético y ético. La frecuencia de expresiones y símbolos como lo de "unión amorosa" y "aniquilamiento", referidos especialmente al sentimiento y a la voluntad, contribuyó al olvido y hasta al desprecio del aspecto lógico de la mística, presentando a ésta como solución irracional del problema del conocimiento. Por ello, los historiadores occidentales de la filosofía se han considerado con derecho a excluir de sus cuadros a Dionisio el Aeropagita y hasta a Meister Eckart, como si la mística no hubiese adelantado ninguna doctrina. De ahí que convenga, para fundar la definición que de la mística hemos dado, comenzar por el menos atrayente, aunque no el menos importante, de sus aspectos. Intentemos mostrar cómo esa independencia absoluta en que la mística consiste supone una liberación del pensamiento, y cómo la lógica de la mística se articula con las otras lógicas y las supera.

El desenvolvimiento lógico consta de cuatro momentos, que son: el momento prelógico, el momento formal, el momento dialéctico y el momento místico. El momento prelógico corresponde al de la llamada mentalidad primitiva, objeto de estudio especialmente en la escuela francesa de sociología. Como la existencia de esta mentalidad primitiva puede ser discutida, y lo ha sido, podemos referirnos al momento prelógico que se da en el sueño y que en definitiva corresponde al de aquella men-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

talidad. En vez de utilizar, para reconstruir esa lógica, el vago anecdotario de los viajeros, podemos utilizar nuestra propia experiencia de la ensoñación. Desde el punto de vista lógico, el sueño sólo conoce la afirmación: tal imagen es esto y es también, al mismo tiempo, esto otro; X, que es nuestro enemigo, se nos presenta como siendo simultáneamente nuestro enemigo Y. Esta lógica carece de principios, es indiferente a ellos y debe, por eso mismo, resolverse en la simplicidad de la afirmación ingenua. Todo en el sueño es y es presente. No se da en el sueño siquiera la oposición entre los distintos momentos del tiempo: no hay en el sueño ni recuerdo ni esperanza. El sueño es la afirmación indiscriminada e indiscriminante. En el sueño todo es, y no existe la sospecha ni de lo que ya ha sido ni de lo que aún no ha sido; no existe la sospecha del no ser en el tiempo. Y tampoco en el espacio: en el sueño, así como se da sólo el ahora, se da sólo el aquí, pues la afirmación no admite las restricciones del allá: su espacio es éste, como es éste su tiempo.

En el momento formal se descubre la negación, sin rechazar la afirmación. En el momento prelógico se afirmaba, simplemente; ahora, se afirma o se niega. Este momento significa un progreso con respecto al anterior, y ese progreso no consiste sino en el descubrimiento de la contradicción. El ser es, el no ser no es; afirmar y negar simultáneamente es imposible: los dos primeros juicios constituyen la réplica al momento anterior en que todo era; el segundo juicio postula la validez absoluta de este segundo momento, que declara ser el último. Lo contradictorio es imposible y lo imposible es contradictorio. Pero esta lógica no advierte que por ser puramente formal, despojada de contenido, la certeza que ofrece puede no ser la verdad. Los fantasmas del momento prelógico no han desaparecido. Este es un momento en que los fantasmas se han hecho puros: formas vacías.

Y llegamos al tercer momento lógico, que es el de la dialéctica. En el primero se afirmaba; en el segundo se afirmaba o se negaba, sin admitir, entre la afirmación y la negación, término medio; en este tercer momento se va a afirmar *y* negar. El segundo momento era el de la lógica de la identidad en que el ser es y el no ser no es; el tercer momento es la lógica de la contradicción. Si sólo el ser es y sólo la nada (o el no ser) no es, el ser y la nada, presentados como diferentes, se identifican. "No hay ni en el cielo ni en la tierra cosa

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

alguna que no contenga tanto el ser como la nada". El puro ser, sin determinación alguna, es la pura nada, también sin determinación: ambas son abstracciones sin contenido. Por ello Hegel pudo lanzar su desafío: Quienes afirmen la diferencia entre el ser y la nada intenten, sin caer en el ser o en la nada determinados, demostrar en qué consiste esa diferencia. La lógica debe comenzar con ese puro ser, absolutamente vacío, indeterminado e inmediato que no es sino la pura nada, también absolutamente vacía, indeterminada e inmediata. Pero la pura nada y el puro ser son, a la vez, diferentes. Si no lo fuesen, la identidad del ser y de la nada impediría todo proceso. Los dos términos eran ya distintos como lo son lo real y lo irreal. Si cada uno de esos términos es ahora equivalente al otro —se considera obligado a aclararnos otro idealista— ha surgido una contradicción: dos términos definidos como incompatibles han resultado equivalentes. En el devenir, el ser se afirma como diferente de la nada, y ésta se afirma, a su vez, como diferente del ser; pero en ese devenir que los unifica se niega también el ser y se niega la nada. La dialéctica nos obliga, en el devenir, a afirmar y a negar tanto el ser como la nada. Lo que era imposible en el segundo momento, es aquí no lo posible, sino lo real y su fundamento: la contradicción misma. El ser y la nada subsisten en el devenir, que sólo es en cuanto el ser y la nada son distintos: el devenir los une, pues no consiste sino en el paso del uno al otro y por lo tanto suprime su diferencia. Hemos superado así, en este momento, el momento formal, que en busca de certezas ha prescindido de la verdad y que se ha detenido en los fantasmas puros del ser y de la nada al afirmar que el ser es y la nada no es. Afirmando la contradicción y no la mera identidad, en este momento dialéctico se ha llegado a lo que nuevamente parece ser el último extremo: afirmar el ser *y* negarlo; afirmar la nada *y* negarla.

La proposición "el ser y la nada *son* lo mismo" no quiere, como podría parecer, negar simplemente la diferencia —aclara Hegel—, pues contiene esa diferencia aunque la enuncie como identidad. La proposición es contradictoria, y en ella se da precisamente lo que debe darse: el ser y la nada, distintos en la unidad del devenir. La única dificultad, continúa Hegel, reside en que ese resultado no está expresado en la proposición, y sólo se lo descubre o reconoce mediante una reflexión exterior a la proposición misma. De nada vale agregar una segunda

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

proposición en que se diga que "el ser y la nada *no son* lo mismo", pues esta proposición queda desconectada de la primera. De donde debe concluirse —y así concluye Hegel, aunque deteniéndose en su descubrimiento— que la proposición en forma de juicio *no es apta para expresar las verdades especulativas.*

Hegel alude varias veces al budismo y a la filosofía china como sistemas en que se ha intentado la más absurda de las aventuras: derivar la realidad concreta de la nada. Por esas tentativas de comenzar con la nada, "no vale la pena mover siquiera un dedo": esa nada de la que quisiera partirse, de la que se pretende extraer lo real, contiene ya el ser; y es siempre de éste —pero no entendido a la manera eleática, como ser que simplemente es— de donde ha de partirse. Pero si la absoluta indeterminación del ser se identifica con la nada, ¿no estaremos ante una cuestión de palabras?

Ya mucho antes de que se insinuasen los sistemas budista y taoista que concluirían en misticismo, se planteó, toscamente, en el mundo oriental, la disputa: "En el principio era el ser"; "en el principio era el no ser"; y la disputa terminó, ante la imposibilidad de derivar la realidad del mero no ser que sólo fuese no ser, o del mero ser que sólo fuese ser, con el rechazo de ambos: "en el principio no era el ser ni el no ser". Uno y otro ofrecían, como punto de partida, las mismas dificultades que la dialéctica entrevé. La dialéctica opta por afirmarlos a ambos; pero como la simple afirmación de ambos no es sino duplicar la imposibilidad, también los niega. La negación de ambos duplica, a su vez, la imposibilidad. Afirmarlos y negarlos, cuando se los afirma y niega independientemente, no es sino insistir en los puntos de partida que se quiere superar. Es necesario —y así lo hace la dialéctica— afirmarlos y negarlos, pero en una relación intrínseca, y no como dos términos enfrentados, rígidos, que de ninguna manera podrían luego entrar en relación. Ni de la nada ni del ser era posible partir. Pero ¿por qué, entonces, insistir en que ha de partirse del ser y no de la nada, si ambos son idénticos en su absoluta indeterminación? ¿Por qué han de afirmarse y negarse ambos términos en la unidad del devenir, y no ha de negarse esa afirmación y negar también esa negación? Esa es la actitud de la lógica budista, en la línea que conduce al misticismo de Nagarjuna. Ni la afirmación ni la negación aisladas, ni la afirmación y la negación unidas.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Heráclito afirmaba que el Uno, el único sabio, *no quiere y sin embargo quiere* ser llamado con el nombre de Zeus. La dialéctica se ha considerado, con razón, forma explícita y clara de ese principio. El momento místico tiene que consistir en la negación del momento dialéctico, y consiste en ello, como cada uno de los otros era negación del momento lógico anterior. Así se instaura la teología negativa, la lógica apofántica propia de la mística: negando aquel *no quiere y quiere* para convertirlo en esto otro: *ni quiere ni no quiere*. Esta es la indiferenciación absoluta que puede servir de punto de partida. Indiferenciación donde hay, sin embargo, diferenciación (quiere y no quiere) pero negada.

El principio no es el ser del sistema eleático ni el ser del sistema dialéctico. El principio no es pasible de afirmación ni de negación: ambas deben ser negadas, y en este sentido el principio es la negación de toda afirmación y de toda negación. El principio es lo que Otto ha llamado lo "enteramente otra cosa". En las Upanishads, como el mismo Otto advierte en los ensayos destinados a precisar su primer análisis de lo sagrado en el *aliud valde* y, con menos fuerza, en el *dissimile*, de San Agustín. Todas esas expresiones se resumen en la respuesta *"neti, neti"* (no es así, no es así), ante cualquiera afirmación o negación. Ya hemos indicado que lo mismo sucede en el budismo inicial. Ese sentido de lo que es "enteramente otra cosa" se afianza en los libros llamados del "Apice de la sabiduría", donde el pensamiento parece complacerse en la paradoja, exactamente como en la paradoja parecía complacerse la dialéctica al esforzarse por superar el momento lógico que le era previo. Es la paradoja obligada para discriminar la naturaleza del principio, que no quiere, ahora, mostrar la contradicción sino negarla en su propio seno. Esto es lo que constituye la llamada irracionalidad de la mística: una irracionalidad que no es la negación de la lógica formal, de la lógica común, sino una negación de la lógica dialéctica, y su superación.

Primero fué el momento prelógico de la mentalidad primitiva que subsiste en el sueño: el momento de la afirmación sin conflictos. Luego, es el momento formal, abstracto, de la afirmación o la negación: el conflicto aparece cuando la afirmación y la negación, queriendo ser simultáneas, provocan la abstención del asentimiento. Se ha descubierto la contradicción, para negarla. El ser es; el no ser no es. Y no

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

hay una tercera posibilidad. Luego es el momento dialéctico en el que se descubre una nueva contradicción: si el ser sólo es y la nada sólo no es, el ser y la nada, presentados como diferentes, se identifican. Afirmar meramente el uno y negar meramente el otro, es una contradicción: se ha descubierto la contradicción del momento lógico y se niega ese momento negando que la contradicción sea imposible. Hay una tercera posibilidad: el devenir.

Ahora podrá entenderse el lenguaje y el pensamiento místicos. La lógica mística no afirma el ser ni la nada abstractos. Hegel reconocía que especialmente en la metafísica cristiana se había dado, con el rechazo de la proposición *ex nihilo nihil fit*, la afirmación de un tránsito de la nada al ser. Esa metafísica no era, pues, un sistema de la identidad, ya que no estaba fundada en el principio según el cual el ser solamente es y la nada solamente no es. Hegel admite, pues, que la metafísica cristiana supera la presunta posición budista que fundamentaría la realidad en una nada que sólo es nada. Y admite también, expresamente, que del mismo modo supera la posición eleática y su esfuerzo por fundar la realidad en el ser que solamente es ser. En otras palabras, la metafísica cristiana habría superado lo que la dialéctica quiere superar. No se le puede, entonces, hacer ya el reproche de haber querido comenzar con el "pistoletazo" de la revelación interna o de la intuición intelectual. Para negar la diferencia del puro ser y ser la pura nada, Hegel recurre, además, en su lógica, a las imágenes de la pura luz y la pura tiniebla: en la pura luz se ve tan poco como en la pura tiniebla, pues el puro ver es un puro no ver. Sólo la tiniebla hace visible la luz. A la misma imagen se recurre en el momento místico. Dionisio el Aeropagita ensaya, en su intinerario de ascenso y descenso en busca de expresiones para el *principio*, todas las afirmaciones y todas las negaciones. En el primer caso es el ascenso hacia la luz, y en segundo el descenso a las tinieblas. Pero ni en la luz ni en las tinieblas puede hallar el alma el refugio suficiente: debe buscarlo en la oscuridad transluminosa, en el rayo de tiniebla. En el ascenso, aparece la afirmación del ser por la vía eminencial; en el descenso, su negación; y en seguida se descubre la insuficiencia de la afirmación y de la negación. Llega, así, al momento dialéctico, que es el de la oscuridad transluminosa y el rayo de tiniebla. Es entonces cuando se descubre que el no ser no es mero no ser, sino que

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

está trabajado por la aspiración al ser; y por ello puede decirse que en el no ser se dan hasta el bien y la belleza, y que en el bien y en la belleza se da, de cierta manera, el no ser. Invocación de la nada al ser y vocación del ser hacia la nada.

Pero ése es sólo el proceso, y no su término. En el término, el proceso ha de ser negado, dejando de ser proceso, y para ello ha de mostrar en grado máximo su fuerza apofántica. El devenir —había dicho Hegel con otra intención— concluye en un resultado *quieto*. Esa quietud es, ahora, la última negación. Por ello la Teología Mística de Dionisio el Aeropagita termina negando todos los momentos lógicos posibles: *el principio* ni es ni no es; ni quiere ni no quiere ser llamado Dios, ni Unidad, ni divinidad; no está inmóvil, ni en movimiento, ni en reposo; no es tiniebla ni es luz, ni es error ni es verdad. El principio, *absolutamente independiente*, excede todas las afirmaciones y todas las negaciones, no admite afirmación ni negación alguna. No admite siquiera estas mismas negaciones, que también deben ser negadas y que por ello no pueden encontrar, como para su verdad declaraba no poder encontrarlo la dialéctica, un juicio en que expresarse.

Ahora sí la mística puede ser condenada a silencio. Ya ha descubierto, mediante la redención del pensamiento —que es uno de sus caminos, y no el único—, la independencia absoluta que nos había servido para definirla.

VICENTE FATONE.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ALAIN, SÓCRATES Y PLATÓN

NADIE como Alain ha sabido exponer el "pensamiento vivo" de Platón. A través del sistema descubre siempre la experiencia humana, la enseñanza directa que sigue válida para nosotros aún cuando prescindamos del "platonismo". Comprendemos así que Platón es un filósofo *clásico*, no por haber elaborado una determinada interpretación dialéctica de los grandes problemas metafísicos, sino porque, a través de tal interpretación, ha expresado y pintado con verdad perenne al hombre y su drama. Me limitaré aquí a referir brevemente algo de lo que Alain dice de Platón. Y, naturalmente, de Sócrates.

"Aún hoy, escribe, a través de Platón miramos a Sócrates". Así Alain se acerca a Sócrates, se ubica entre los oyentes que lo rodean y se inspira en su enseñanza.

Veo en Alain un primer elemento *socrático*. Los "propos" pertenecen a una forma de pensamiento que se puede llamar socrática. Como Sócrates, Alain dirige su atención hacia cosas humildes, hacia la vida cotidiana. Él también quiere que el pensamiento baje del cielo hacia la tierra. "La inteligencia vuela demasiado alto y demasiado pronto, dice, y deja el cuerpo en el camino. Ningún progreso es posible así: quiero una inteligencia más pesada, aplomada, sirvienta de los ojos y de las manos, estrechamente apegada a las cosas reales y que no separe la idea y la herramienta. La justicia se hará pedazo a pedazo, como la zanja o el muro".

Como Sócrates, Alain cree que la sabiduría es de todos los días. No se encierra en un cuarto de trabajo, entre libros, para filosofar: sale al aire libre y se mezcla con la muchedumbre en la plaza pública. Empieza a discutir en el rincón de un diario, en medio del tumulto de la política, de los crímenes pssionales y de los negocios que ocupan las demás columnas.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Alain es socrático también por que acostumbra dudar. No quiere aceptar sin examen las ideas ajenas. Exige un acuerdo sobre las palabras y sobre las cosas. "El lenguaje está lleno de ideas, escribe, y el solo saber lo que uno dice constituye ya un gran progreso del pensar". Esa duda no tiene nada de neurasténico: es la duda sana de un Montaigne, de un Descartes, de un Sócrates en busca de la verdad. Duda activa, fuerte, robusta, confiada. La *duda confiada,* he aquí una de las creaciones más bellas de Sócrates. Constituye su maieútica, su método para que los espíritus den a luz la verdad que contienen. Tengo una duda: no sé si un tirano es poderoso, pero *creo* que tú lo sabes. — Dices que el tirano es poderoso, *te creo.* Pero dudo acerca de lo que es poderío. — Dices que el poderío consiste en hacer lo que uno quiere. *Te creo.* Pero tengo una duda: ¿hace un loco lo que quiere? — Dices que no, y *te creo.* Pero tengo una duda: no sé que es locura. — Dices que el loco es aquel que galopa según sus deseos y sus iras. *Te creo.* Pero tengo una duda: ¿no galopa el tirano según sus deseos y sus iras? — Dices que sí y *te creo.* Pero si creo contigo que el tirano galopa según sus deseos y sus iras, no puedo creer contigo que el tirano es poderoso. O más bien tú tampoco lo crees. La verdad, es decir que la tiranía no es el poderío verdadero, estaba en tí, pero no la conocías. Te ayudé a traerla a la luz.

Pero Alain es socrático todavía en otro sentido más profundo. Es socrático porque es moralista y no se puede ser moralista sin invocar a Sócrates. ¿Qué significa en efecto ese "te creo", esa actitud confiada de Sócrates? Traduce *la confianza en el hombre y en lo universal.* Sócrates, este gran "dudador", no es un escéptico, es un hombre de fe. Tiene fe en la verdad, es decir, en la posibilidad de alcanzar un pensamiento que tenga un valor universal, un pensamiento válido para todos los hombres. Esa fe de Sócrates está en todos sus pasos. Aún si no consigue *ponerse de acuerdo* con sus interlocutores, consigue sin embargo el *acuerdo,* puesto que todos reconocen, *concuerdan* en reconocer, que no han podido ponerse de acuerdo. Y ya es un terreno sólido.

Platón, al seguir las lecciones de Sócrates, conoce al primer hombre que sabe hacer resonar lo humano y hacer escuchar esa resonancia. Platón, a través de aquel hombre sin miedo toma contacto con el

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

espíritu universal. Desde entonces Sócrates iba a ser el asistente y el testigo de su mejores pensamientos.

Es bien sabido que Sócrates decía a menudo que llevaba en sí un dios interior, una voz divina que hablaba en el silencio de su alma y que, en ciertos momentos, le dictaba su deber. Pero el mismo Sócrates es la voz interior de toda filosofía, es el símbolo de una convicción íntima que constituye el fundamento de la sabiduría humana. *Pensar según Sócrates* equivale a creer en lo universal. Es creer que aún los que niegan lo universal, lo confiesan al intentar probar su pensamiento. Creer en lo universal es evocar a Sócrates, es participar de su presencia. Lo que Platón ha hecho siempre.

Así lo que más importa en Sócrates, no es su método, ni su duda, ni su doctrina, sino la convicción en que se fundan método, duda y doctrina. Sócrates afirma un orden de grandeza nuevo. Lo tiene por seguro antes de cualquier razonamiento. Es el más seguro de los hombres.

Platón, joven aristócrata ateniense, se inclinaba naturalmente a soñar con la grandeza política, con el éxito de poderío y de riqueza; se inclinaba, naturalmente, hacia la admiración de los sofistas. Pero encontró a Sócrates, hombre apacible y amigo de todas las cosas, y, al mismo tiempo, hombre resuelto que decía firme y dulcemente "no" a todo eso, a todo lo que se fundaba en la injusticia y en la opinión. Sócrates decía tranquilamente "no" a la jerarquía de poderío, al reino de la fuerza, a los prejuicios, a los sistemas. Sin riqueza, sin poder, y hasta sin ciencia (puesto que decía ser el más ignorante de los hombres), Sócrates se sentía *contento,* y dominaba a los políticos, a los ricos, a los poderosos, a los sofistas. Platón quedó impresionado por tanta firmeza, por esa convicción inquebrantable que hallaba en el centro de todos los discursos de Sócrates. Sintió que su maestro era mejor que todos los demás. Hubiera podido ser un ambicioso como Calicles, pero renunció a su ambición y siguió a Sócrates. Alcibiades no tuvo el mismo valor, pero cuando Sócrates hablaba, Alcibiades lloraba de vergüenza.

¿De dónde venía esa seguridad de Sócrates, esa fe en el hombre? se pregunta Platón. Y entonces descubre su vocación: vivirá para *probar* que Sócrates, que siempre *carecía de pruebas,* tenía razón. Desde que Sócrates ha hablado, y sobre todo desde que ha muerto,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

"pensar" adquiere para Platón un sentido nuevo. Sócrates, ante sus jueces, hubiera podido salvar su vida. Ha preferido la muerte. A sus discípulos no ha podido justificar racionalmente su decisión. Pero ellos saben, y Platón vivirá para probarlo, que, ese día, Sócrates "eligió la mejor parte". Toda la obra de Platón tiende a demostrar que *Sócrates tenía razón.*

Desde entonces, cada vez que un moralista quiere probar que existe un bien verdadero que el cuerdo puede conocer y que es superior a todo lo que los hombres, por interés, por pasión o por presunción, llaman "bien", ese moralista trata, él también, de probar que Sócrates tenía razón. Alain es así socrático en este sentido profundo y último: comparte la fe de Sócrates en el hombre y, como Platón, trata de probar que Sócrates tenía razón, *a pesar de todas las apariencias.*

En efecto, Platón enseña que las apariencias engañan. La realidad tiene, pues, que ser otra. Para encontrarla hay que libertarse del yugo de las sensaciones y de las opiniones. Platón es así, como Sócrates, un maestro de libertad. Nos da una lección de independencia: la realidad no es aquel mundo que nos imponen los sentidos. El mundo que vemos, que tocamos, que sentimos, es huidizo e inasible; es la sombra de la verdad. Al fiarnos de él, nos parecemos a Orión en el país de los muertos tal como lo describe Homero: una sombra cazando sombras.

La realidad es obra del espíritu. Este la construye al establecer las *relaciones* que crean la percepción verdadera del universo. Solamente en tales relaciones es posible fundar el acuerdo entre los hombres. Así se forman los pensamientos comunes que llamamos *ideas*. Platón trató de asirlas, con los medios al alcance de un hombre del siglo IV que sólo disponía de la geometría y de algunos otros conocimientos. Pero indicó así la verdadera misión del espíritu.

Su tarea consiste en establecer el *orden*, no sólo en el universo, sino también en el hombre. Pero no se trata aquí del orden aparente, del orden falaz que los hombres imponen en nombre de la naturaleza, de la patria o de la religión, según dicen, pero en realidad, en nombre de sus pasiones y de sus intereses. Se trata de otro orden, todo interior, base de la moral: jerarquía del alma que hace reinar la razón sobre las pasiones y los deseos, fundamento y piedra angular de la "República" de Platón.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

En la última parte de aquel diálogo, hay un cuento admirable y misterioso del que Alain saca gran partido. Es el cuento de Er, maravillosa lección de libertad y de responsabilidad.

Er es el hombre que, como Lázaro, ha visitado la muerte y ha vuelto sobre la tierra. Lo habían creído muerto y conducido hasta Plutón. Descubierta la equivocación, lo han devuelto a la luz y cuenta lo que ha visto. Ante todo el espectáculo de la necesidad, los husos de las Parcas que son las siete órbitas de los planetas. Pero sobre todo Er ha sido testigo de un extraño juicio que empezó por una voz desconocida que, con profunda fuerza, proclamaba: "Dios es inocente". Luego, ante las almas que iban a vivir otra vez, echaron sobre la pradera suertes atadas como bultos: aquí una tiranía, con todo lo que la acompaña: suspicacia, muerte violenta y lo demás; allí una vida de labrador, útil, ignorada, llena de trabajo. Las almas tenían que elegir y casi todas elegían mal. La experiencia de su vida anterior de nada les servía, porque carecían *del conocimiento por las ideas*, y así ignoraban las verdaderas causas de sus desgracias. El tirano que, odiado, aislado, sin amigos, terminó su vida trágicamente, pensaba que, esta vez, sería más prudente y sabría conservar amigos. Elige entonces nuevamente el ser tirano, porque no conoce la *idea* de la tiranía. Si la conociera, sabría que un tirano no *tiene amigos*. Así las almas creen que si se humilla al fanfarrón, si se revela la estudipez del pretencioso, si se engaña al celoso, es porque "no tiene suerte"; no saben que la humillación, la vergüenza y el engaño son la consecuencia necesaria del carácter de cada una de esas almas. Se alborotan en la pradera, removiendo los bultos, para volver a encontrar su destino. Volverán a vivir, piensan, pero esta vez todo irá mejor. Creen que podrán cambiarlo todo en su nueva vida, sin cambiarse a sí mismas. Y todas, porque no poseen la sabiduría, terminan por elegir el ser otra vez lo que han sido: el borracho elige la bebida; el jugador, el juego; el ambicioso, el poder; el insolente, la altanería; y cada uno piensa que podrá evitar las consecuencias de *lo que* es como se evita al recorrer por segunda vez un camino una piedra contra la cual se tropezó antes.

Cuando todas las almas han elegido su suerte, las llevan hacia el río del Olvido, donde beben. Y hélas aquí nuevamente sobre la tierra, ejerciendo su vana prudencia y culpando a los dioses de sus desgracias.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Y Sócrates concluye su relato, diciendo: "Procuremos pensar rectamente para, ese día, saber elegir mejor".

De ese relato admirable, Alain extrae una enseñanza para nuestra vida de todos los días. Casi siempre obramos sin reflexionar. Nuestras elecciones están casi siempre hechas de antemano. Y razonamos solamente para justificarlas. Elegir su profesión o a la persona con quien casarse, son actos muy a menudo impulsivos. Y es casi inevitable: ¿cómo, por ejemplo, elegir una profesión con pleno conocimiento, puesto que para conocerla sería necesario haberla practicado durante mucho tiempo? Sin embargo, la elección es nuestra. No la recordamos: el río del Olvido pasa, y acusamos al Destino.

No obstante, creemos tener buena memoria: hacemos una reconstrucción de los hechos: así han pasado las cosas, decimos, así hemos llegado a la situación presente. Pero esa reconstrucción no es fiel. Lo que llamamos recuerdos, son nuestros pensamientos *de ahora*, nuestra justificación de ahora. El pasado está definitivamente atado al presente, puesto que al evocar un momento pasado, *sabemos lo que ha seguido*. No podemos. pues, remontarnos hasta el pasado. Ya no hay tiempo: el pasado es irremediable; he aquí la condición del hombre.

Pero existe un *remedio*, aunque vivamos sin saber que existe. El remedio consiste en reflexionar, es decir, en libertarse del tiempo y juzgar según lo universal y lo eterno. He aquí la sabiduría. Todo es irreparable; muy vano resulta pretender que nuestras elecciones pasadas hayan sido otras; pero, mientras recriminamos, otras elecciones se nos plantean a cada instante. y, si somos cuerdos, podemos salvarlo todo. No podemos volver a empezar, pero podemos proseguir de tal modo o de tal otro. El labrador no elige ser labrador; pero sí elige serlo de tal o cual modo: elige desmontar aquí, drenar allí, empedrar un camino o embarrarse. El que se ha casado, no elige estar casado, pero sí elige ser paciente, justo, indulgente, —o lo contrario.

Así, dice Alain, depende de nosotros juntar aquellas apariencias del tiempo en un pensamiento, y es lo que se llama "pensar". Si todo pasara ¿quién sabría que todo pasa? El amor cambia y pasa, pero pasa por el amor que no pasa. El coraje pasa, pero por el coraje que no pasa. Así, efímeros, encontramos lo eterno en nosotros. Idea máxima de Platón que la revolución cristiana ha desarrollado y que Spinoza expresa diciendo: "Sentimos y experimentamos que somos eternos".

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Poco importan las *circunstancias* de la vida, somos siempre libres por el pensamiento, y la cordura resulta siempre posible. Hay dos maneras de vivir: o nos entregamos a las impresiones externas e internas en su primera espontaneidad, seguimos prisioneros del momento presente y del caos sensible que engendra a los fantasmas y a los dioses; o nos disponemos de tal manera que todo lo que retengamos de nosotros como real sea controlado y aprobado por la razón, merced a una vigilancia continua del alma que pliega las apariencias hasta someterlas a la verdad. O inclinarse ante el orden exterior, la autoridad, la opinión, ídolos que pasan, o descubrir en sí mismo el orden de las ideas que no pasa.

Tal es la lección que Platón enseña a Alain. Y éste concluye diciendo: "He querido asumir este juicio de mí mismo por mí mismo en cada instante. Para que tú, lector, y yo, seamos dignos de Platón al menos durante un bello momento. Aquella presencia de lo eterno, y, no temo decirlo, aquella *familiaridad* con lo eterno, en fin aquel otro mundo que es *este mundo*, y aquella otra vida que es esta vida, he aquí a Platón propiamente. Y aquel sentimiento, que he querido despertar, que es como un celeste amor a las cosas terrestres, no vibra en ninguna obra como en la suya".

ROBERTO WEIBEL-RICHARD.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

LA ESTELA EN EL TIEMPO:

TUCÍDIDES

El Diálogo de Melos

La peculiaridad de la filosofía política de Tucídides, comparada con la de los sofistas o la de Platón por una parte y con la concepción religiosa del Estado, propia de Solón, por la otra, es que no predica doctrina general; en su obra no hay *fabula docet*. Tucídides demuestra hasta la evidencia la lógica de la política mediante la narración directa de los acontecimientos. Pudo hacerlo sólo porque trataba un tema muy particular: la guerra del Peloponeso presentaba con claridad y concentración únicas el enlace entre causa real y efecto real en política. Sería imposible aplicar su concepción de la historia a cualquier serie de sucesos elegidos al azar. equivaldría a esperar que cualquier período produjera algo semejante a la tragedia ática o a la filosofía de Platón. Aun la escueta descripción material de un gran acontecimiento, por importante que fuese, no satisfaría su propósito como filósofo político. Necesitaba una oportunidad especial para desentrañar el aspecto intelectual y universal de los acontecimientos. Los numerosos discursos que puntúan su libro son, en particular, característicos de su método narrativo, porque ante todo son el medio con que expresa sus ideas políticas. Cuando explica los principios que sigue en la composición de su historia, esperaríamos naturalmente que dijese que reproduce los discursos de personalidades importantes con la misma exactitud con que registra los hechos externos. Pero Tucídides afirma que no los copia palabra por palabra: así, el lector no debe aplicarles el mismo canon de exactitud que al relato de los hechos mismos. Sólo intenta reproducir su sentido general; en los detalles hace que cada personaje diga lo que *Tucídides mismo* cree que la situación exigía. Recurso importantísimo, no explicable por la pasión de exactitud del historiador, sino por el deseo del político de penetrar hasta el fundamento político último de cada suceso.

En sentido literal, este deseo no podría realizarse. Al analizar cualquier situación, no podríamos atenernos jamás a lo que los personajes dijeron realmente de ella, pues muchas veces disimularían senci-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

llamente la realidad; y siempre deberíamos descubrir sus pensamientos, lo cual es imposible. Pero Tucídides creía de veras que se podían reconocer y consignar los motivos seguidos por cada parte; y por eso se propuso hacer que los hombres explicaran sus más hondos motivos y creencias en un discurso público ante la asamblea, o entre cuatro paredes (como en el diálogo de Melos), exactamente como pensaba que cada parte había de hablar de acuerdo con su actitud política. Por eso se dirige a sus lectores ya como espartano, ya como corintio, como ateniense o siracusano, como Pericles o Alcibíades. Tal técnica de redactar discursos que cuadren con los distintos caracteres puede haberse moldeado externamente en la epopeya homérica y, hasta cierto punto inimportante, en Heródoto. Pero Tucídides la empleó en gran escala, y a ella debemos el hecho de que la guerra del Peloponeso, empeñada en el auge de la vida intelectual de Grecia y acompañada por una serie de debates que bucearon los problemas más hondos de la vida humana, nos parece haber sido ante todo guerra de ideas, y sólo en segundo término guerra de fuerzas militares. Proceder como han procedido algunos, y rastrear en esos discursos los restos de lo que realmente se dijo en alguna ocasión, es tan vana tarea como tratar de reconocer las facciones de modelos particulares en los dioses esculpidos por Fidias. Y aunque Tucídides tratara de obtener información verídica sobre el curso de cada debate que describió, lo cierto es que muchos de los discursos de su libro jamás se pronunciaron, y que casi todos ellos fueron en sustancia distintos de su versión. Su creencia de que, después de considerar las circunstancias peculiares de cada caso, podía sentar lo que la situación requería, se basaba en la convicción de que todo punto de vista en semejante conflicto tenía su lógica propia e inevitable, y que el hombre que contemplara el conflicto a distancia podía desarrollar convenientemente esa lógica. Por subjetivo que nos parezca, esto es lo que para Tucídides constituía la verdad objetiva de sus discursos. Y no es posible que lo apreciemos sin hacer justicia al pensador político oculto en el historiador. Como lenguaje de estos discursos imaginarios, construyó un estilo idéntico para todos, que era siempre mucho más elevado que el griego hablado de su tiempo, y lleno de antítesis, artificiosas para el gusto moderno. Con su lenguaje extraordinariamente difícil, que se esfuerza por expresar pensamientos no menos difíciles y contrasta extrañamente con un estilo figurado, tomando a préstamo de los retóricos sofísticos, estos discursos son la expresión más directa del pensamiento de Tucídides, que rivaliza con la obra de los más grandes filósofos griegos, tanto en oscuridad como en profundidad...

El diálogo de Melos es un ejemplo clásico de la técnica de Tucídides: con entera independencia de la importancia material del hecho, lo emplea para simbolizar un problema general, y ensancha su relato hasta convertirlo en una obra maestra de pensamiento político. Emplea aquí la

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

forma dialogada —procedimiento sofístico que no aparece en ningún otro punto del libro—, para mostrar cómo los dos contrincantes paran argumento con argumento, pregunta con respuesta, y para eternizar el doloroso conflicto de fuerza y derecho en toda su ineludible necesidad. No podemos dudar de que compusiera este debate (ostensiblemente mantenido a puertas cerradas, en la sala del consejo de los melios) con entera libertad de invención, para expresar el conflicto entre dos principios irreconciliables. Los valientes melios ven bien pronto que no pueden apelar al sentido de justicia de los atenienses, porque los atenienses no reconocen otra norma que su ventaja política. En consecuencia, tratan de probar que es ventajoso para Atenas observar cierta moderación en el uso de su poder superior, porque puede llegar el día en que aun Atenas tenga que apelar al sentido de consideración humana. No obstante, los atenienses, nada amendrentados por esta advertencia, explican que sus intereses les obligan a anexar la menuda isla, porque el mundo interpretará su continuada neutralidad como signo de debilidad del imperio ateniense. Observan que no tienen interés en destruir a Melos, y les aconsejan no asumir el inadecuado papel de héroes: el viejo código caballeresco no tiene validez en la política imperialista moderna. Recomiendan a los melios no confiar ciegamente en Dios y en los espartanos. Dios está siempre de parte de las tropas numerosas, como la naturaleza lo muestra constantemente; y aun los espartanos no evitan lo que los hombres llaman "deshonroso", como no les convenga hacerlo.

Al atribuir a los atenienses la justificación del derecho del más fuerte mediante la ley de la naturaleza, y transformar a Dios de guardián de la justicia en modelo de toda autoridad y fuerza terrenal, Tucídides da a la política realista de Atenas la hondura y validez de una doctrina filosófica. Los atenienses están tratando de abolir el conflicto entre su conducta y las fuerzas religiosas y morales con las que sus débiles adversarios confían vencerlos. Aquí Tucídides muestra la política de poderío de Atenas desarrollada lógicamente hasta su extremo y plenamente entendida por sus mantenedores. La naturaleza misma de la forma que elige para exponer el conflicto muestra que nunca puede alcanzar una decisión final, pues la fuerza de los debates sofísticos (a los que el diálogo de Melos imita), no estaba en hallar la solución de un problema sino en formular ambos puntos de vista lo más claramente posible. Pero, por su actitud en todo el libro, es imposible que esté jugando aquí al moralista disfrazado. Lo verdaderamente nuevo del episodio de Melos estriba en representar la primera formulación franca de que la fuerza es derecho —principio extraño al pensamiento griego de edades anteriores, y utilizado por primera vez en el siglo V—. El derecho del fuerte se opone ahora como una suerte de derecho o ley natural al código moral corriente: lo que significa que ahora el principio de fuerza forma un dominio propio, con leyes propias, sin abolir el *nomos* tradicional ni admitir

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

su superioridad, sencillamente distinto y aparte de él. Cuando discutimos cómo Tucídides descubre este problema en la concepción del Estado, no debemos dar por sentada la actitud filosófica de Platón en el siglo V, ni esperar que aplique las normas de la Idea del Bien a las naciones griegas beligerantes. En sus más altas realizaciones intelectuales, como el diálogo de Melos, Tucídides continuó siendo el alumno de los sofistas; pero por emplear sus antinomias especulativas para describir la realidad histórica, dió a su descripción tal tensión y conflicto que parece encarnar todas las *aporiai* de Platón. — W. JAEGER, *Paideia. Tucídides, el filósofo político.*

Los atenienses enviaron contra la isla de Melos una expedición de treinta naves propias, seis de Quíos y dos de Lesbos, con mil doscientos hoplitas de Atenas, trescientos arqueros, veinte arqueros montados y alrededor de mil quinientos hoplitas de los aliados y las islas. Melos era una colonia espartana que no quería someterse a los atenienses como las demás islas. En un principio era neutral y se mantenía en paz; luego, forzada de los atenienses que talaban la tierra, se puso abiertamente en pie de guerra. Los generales Cleomedes, hijo de Licomedes, y Tisias, hijo de Tisímaco, acamparon en la isla con aquellas fuerzas, y antes de abrir hostilidades enviaron embajadores a presencia del pueblo para una conferencia previa. Los melios no condujeron los embajadores a presencia del pueblo, sino que les invitaron a exponer el objeto de su venida ante los magistrados y ante un número escogido. Los embajadores atenienses dijeron así:

ATENIENSES. — Ya que la conferencia no se celebra ante el pueblo, por temor de que la muchedumbre se engañe al oír una sola vez un discurso continuado y argumentos persuasivos y no refutados —pues advertimos que eso significa el habernos traído ante este reducido número—, vosotros, los presentes, proceded con mayor cautela aún: no respondáis tampoco con un solo discurso, sino punto por punto, y juzgad de inmediato lo que no os pareciere bien dicho. Y ante todo, decidnos si os place lo que os proponemos.

Los consejeros de Melos respondieron:

MELIO. — Nada objetamos a la conveniencia de instruirnos unos a otros, tranquilamente, pero parece discrepar de ella el que la guerra sea un hecho ya actual y no futuro; pues vemos que venís como árbitros de lo que se ha de tratar y, a la vez, que el resultado del de-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

bate, si triunfamos, como es probable (ya que tenemos la justicia de nuestra parte, y por eso mismo no cedemos), nos trae la guerra y, si nos dejamos persuadir, la esclavitud.

ATENIENSES. — A la verdad, si os habéis reunido para enumerar vuestras sospechas sobre el futuro o para otra cosa que para deliberar sobre el bien de vuestro Estado, según las condiciones que estáis viendo, cesaremos; si para esto, hablaremos.

MELIOS. — Es natural y perdonable que al hallarnos en semejante coyuntura recurramos a muchos medios, en palabras y en pensamiento. No obstante, esta reunión presente es sobre el bien de nuestro Estado, y sea la conversación del modo que proponéis.

ATENIENSES. — Bien. Nosotros no traeremos un largo discurso, poco creíble y lleno de hermosos vocablos —que tenemos derecho al imperio por haber vencido a los medos, o que sufrimos ataques y buscamos desquite; y a nuestra vez os pedimos que no penséis persuadirnos con decir que no combatís junto a los lacedemonios, aunque sois su colonia, o que no nos habéis ofendido en nada. Os rogamos que tratéis de lo que es posible, conforme a lo que unos y otros pensamos sinceramente, pues sabéis y sabemos que, según piensan los hombres, lo justo se plantea solamente entre adversarios iguales, mientras los más fuertes hacen todo lo que pueden y los más débiles lo acatan.

MELIOS. — Por lo menos, creemos útil —y forzoso, ya que a tal punto sentasteis como principio tratar de lo provechoso y dejar de lado lo justo—, que no destruyáis vosotros este resguardo común: sea lícito siempre al que está en peligro considerar justo lo razonable y aun sacar partido de lo que, sin llegar a lo estricto, basta para persuadir. Y esto no os concierne menos a vosotros, pues si caéis, vuestro castigo será el mayor, y os convertiréis en escarmiento de los demás.

ATENIENSES. — Nosotros no desesperamos del fin de nuestro imperio, en el caso de que tenga fin, pues los que mandan sobre otros, como los lacedemonios, no son crueles con los vencidos (y no luchamos ahora contra los lacedemonios), pero sí creemos que lo son los pueblos sometidos que atacan y vencen a sus antiguos señores. Pero en cuanto a este punto permítasenos arriesgarnos. Demostraremos ahora que estamos aquí para provecho de nuestro imperio y que ha-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

blamos por el bien de vuestra ciudad, pues quisiéramos mandar sobre vosotros sin trabajo, y que vosotros os salvaréis para ventaja nuestra y vuestra.

MELIOS. — ¿Cómo podrá ser tan ventajosa para nosotros la esclavitud como para vosotros el imperio?

ATENIENSES. — Porque vosotros os someteríais antes de sufrir las mayores calamidades, y nosotros ganaríamos al no destruíros.

MELIOS. — ¿De modo que no admitiréis que nos mantengamos en paz, como amigos y no enemigos, sin ser aliados de ninguna de las dos partes?

ATENIENSES. — No, porque no nos perjudica tanto vuestro odio como vuestra amistad. Para los pueblos que hemos sometido, ésta sería indicio de debilidad, y vuestro aborrecimiento, de poder.

MELIOS. — ¿Vuestros súbditos tienen tal idea de lo razonable que ponen en la misma línea a los que nada tienen que ver con vosotros y a los que son casi todos colonos vuestros y algunos rebeldes que habéis sojuzgado?

ATENIENSES. — Piensan que unos no ceden a otros en derecho, que si algunos se imponen es por su fuerza, y si no les atacamos es porque les tememos. De suerte que, aparte el extender nuestro imperio, nos proporcionaríais seguridad con vuestra sumisión, principalmente por no salir triunfantes, siendo isleños, de los que dominamos el mar, y siendo más débiles de los más fuertes.

MELIOS. — ¿No creéis que hay seguridad en la conducta que os proponemos? Pues así como vosotros nos hicisteis desistir de las consideraciones de derecho y nos persuadís a someternos a vuestro interés, así también debemos ahora tratar de persuadiros, enterándoos de lo que es provechoso para nosotros, por si llegara a serlo igualmente para vosotros. ¿Cómo no convertiréis en enemigos a todos los que ahora son neutrales si cada vez que reparen en nuestro caso pensarán que en cualquier momento caeréis también sobre ellos? ¿Y qué hacéis con esto sino engrandecer a los que ya son vuestros enemigos e inducir a que lo sean contra su voluntad a los que ni siquiera sueñan en serlo?

ATENIENSES. — Es que no pensamos que sean nuestros más serios enemigos todos los que viven en el continente, ya que por la libertad de que gozan, tardarán mucho en guardarse de nosotros, sino

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

los isleños no sometidos, como vosotros, y los que ya están exasperados por la violencia de nuestro imperio. Éstos son los que por proceder menos razonablemente se pondrán a ellos y nos pondrán a nosotros en manifiesto peligro.

MELIOS. — Pues si vosotros corréis tal riesgo por mantener vuestro imperio, y los que ya son esclavos vuestros por librarse de él, sin duda será gran vileza y cobardía para nosotros, todavía libres, no recurrir a todo antes de ser esclavos.

ATENIENSES. — No, por lo menos si tomáis consejo sensato. Pues no estáis empeñados en un combate de virtud, contra adversarios de iguales fuerzas y para no caer en deshonor, sino en una deliberación de seguridad, para no oponeros a los que son mucho más poderosos.

MELIOS. — Pero sabemos que a veces la guerra admite fortuna más pareja que la que corresponde a la diferencia numérica de cada parte. Para nosotros, ceder de inmediato es desesperar, mientras que, con la acción, abrigamos todavía esperanza de quedar en pie.

ATENIENSES. — La esperanza, que es exhortación al peligro, aunque perjudique a los que la alientan, no los aniquila si disponen de muchos recursos. Pero, como es pródiga por naturaleza, los que arriesgan todo cuanto poseen la conocen después de su desgracia y, aunque conocida, en todo aquello en que podrían precaverse no les abandona. Vosotros que sois débiles y disponéis de una sola oportunidad, no os propongáis sufrir tal daño, ni asemejaros al vulgo que, pudiendo todavía salvarse por medios humanos, siempre que las esperanzas evidentes les abandonan en la aflicción, se refugian en las ocultas, en la adivinación, oráculos y todo lo que ilusiona al hombre y lo lleva a la ruina.

MELIOS. — También nosotros, bien lo sabéis, pensamos que es difícil combatir contra vuestro poderío y contra la fortuna, si el combate no ha de hacerse en condiciones de igualdad. Pero confiamos, sin embargo, en que por obra divina no os hemos de ser inferiores en fortuna, pues somos justos que luchamos contra injustos, y en que nuestra falta de poderío se compensará con la alianza de los espartanos, que les obliga a ayudarnos, si no por otra razón a lo menos por el parentesco y la honra. No es tan totalmente absurda, pues, nuestra osadía.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ATENIENSES. — En verdad, tampoco nosotros pensamos que nos ha de faltar la buena voluntad divina, ya que no pretendemos ni hacemos nada que esté más allá de lo que los hombres creen de los dioses ni de lo que hacen entre ellos mismos. Pues pensamos de la divinidad por creencia y del hombre por evidencia que siempre, por necesidad de su naturaleza, mandan dondequiera puedan. Y no somos nosotros quienes establecimos la ley ni, una vez establecida, los primeros en alegarla. Existía y la hemos heredado; nos servimos de ella y la transmitiremos para que exista siempre, y sabemos que vosotros y que otros, si tuvieséis nuestro mismo poder haríais lo mismo. En cuanto a la divinidad, con razón, pues, no tememos derrota; en cuanto a vuestra opinión sobre los espartanos, según la cual confiáis en que por pundonor os han de ayudar, os damos la enhorabuena por lo inocentes sin envidiaros por lo insensatos. Los espartanos muestran la mayor virtud para consigo mismos y para con sus instituciones nacionales, pero tendríamos mucho que decir de cómo se conducen con los demás. Para resumir lo más posible, declararemos que, de todos los que sabemos, son los que más manifiestamente consideran honroso lo agradable y justo lo provechoso. Y en verdad, semejante modo de pensar poco tiene que hacer con la absurda salvación con que contáis al presente.

MELIOS. — Por eso mismo confiamos ahora en que, sobre todo por su propio provecho, no querrán traicionar a Melos, su colonia, y resultar con ello indignos de confianza ante sus partidarios y útiles para sus enemigos.

ATENIENSES. — Así, pues, no pensáis que el provecho va unido a la seguridad, y que lo justo y honroso no puede ejecutarse sin peligro, que es, por regla general, lo que menos osan afrontar los espartanos.

MELIOS. — Al contrario; creemos que por causa nuestra acometerán de mejor grado aún los peligros, y que tendrán, por tanto menos aventurado acometerlos por nosotros que por otros cuanto, en lo que toca a la acción, estamos más cerca del Peloponeso, y por lo emparentado de nuestras opiniones políticas, somos más fieles que los demás.

ATENIENSES. — Para un futuro aliado no es garantía el afecto de los que proponen la alianza sino la franca superioridad en po-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

der de acción, en lo cual reparan los espartanos más que cualquiera. A lo menos, por desconfiar de sus propios recursos, atacan a sus vecinos sólo en compañía de numerosos aliados, de modo que no es probable que pasen precisamente a una isla dominando nosotros el mar.

MELIOS. — Pero podrían enviar a otros. Grande es el mar de Creta, y en él es más difícil la presa para los que lo dominan que la huída para los que quieren escapar. Si en esto fallaran, los espartanos se dirigirían contra vuestra tierra y contra vuestros restantes aliados que Brásida no atacó, y no os afanaríais entonces por una tierra que no os atañe, sino por la vuestra propia y la de vuestra confederación.

ATENIENSES. — Algunas de estas cosas también podrían sucederos a vosotros, y sabríais por experiencia que nunca y por ningún temor los atenienses retroceden de un asedio. Pero se nos ocurre que, aunque declarasteis que deliberaríais sobre el bien de vuestro Estado, en tan largo discurso no habéis dicho cosa en cuya confianza pudiera alguien creerse en salvo. Vuestros más firmes argumentos son esperanzas remotas, y los recursos actuales, comparados con los que les oponemos, son cortos para triunfar. Mostráis gran absurdo de pensamiento si no os decidís por algún otro partido más prudente que éste, enseguida que nos permitáis dejar la conferencia. Esperamos que no os preocupéis de la deshonra, que es lo que más daña a los hombres en los peligros manifiestamente deshonrosos. Muchos, aun previendo adónde se precipitan, dejan que el llamado "deshonor" les arrastre con la fuerza de un nombre poderoso, y, vencidos por una palabra, voluntariamente caen de obra en irremediables calamidades, e incurren en deshonra, más deshonrosa por deberse a la necedad y no al infortunio. Vosotros, si tomáis buen consejo, os guardaréis de esto; y no penséis que es cosa indigna ser vencido por el más grande de los Estados que os invita con condiciones moderadas a ser sus aliados tributarios sin pérdida de territorio, y a no empeñaros en lo peor ya que os permite elegir entre guerra y seguridad. Sin duda, los que mejor aciertan son los que no ceden ante sus iguales, se conducen debidamente con sus superiores y son moderados con los inferiores. Así, pues, examinadlo luego que salgamos, y pensad muchas ve-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ces que estáis deliberando sobre vuestra patria, única, y en una única deliberación, ya acierte ya fracase.

Y los atenienses se retiraron de la conferencia. Los melios, una vez a solas, tomaron decisión semejante a la que habían sostenido en presencia de los atenienses, y respondieron así:

MELIOS. — Atenienses, ni pensamos de distinto modo que antes ni suprimiremos en un corto instante la libertad de una ciudad poblada hace ya setecientos años; antes intentaremos salvarla, confiando en la fortuna divina que hasta ahora la ha salvado, y en el socorro de los hombres, esto es, en los espartanos. Os invitamos a que nos permitáis ser amigos vuestros y enemigos de ninguno de los dos bandos, y a abandonar nuestro territorio, luego de estipular el tratado que os parezca conveniente para las dos partes.

Así respondieron los melios, y los atenienses, dando ya por terminada la conferencia, dijeron:

ATENIENSES. — Vosotros sois los únicos, por lo menos según nos parece por estas resoluciones, que juzgáis lo venidero más seguro que lo que tenéis a la vista y que, a fuerza de desearlo, contempláis lo no visible como ya real y, por haberos entregado y confiado totalmente a los espartanos, al azar y a las esperanzas, totalmente fracasaréis.

Los embajadores atenienses se volvieron al ejército. Como los melios no cedían en nada, los generales comenzaron inmediatamente las hostilidades, y dividiendo el trabajo entre los distintos contingentes cercaron la ciudad. Después dejaron una guarnición de mar y tierra, formada por atenienses y aliados, y se retiraron con el grueso del ejército. Los que quedaron continuaban sitiando el lugar... Pero los melios atacaron de noche, tomaron la parte del muro que miraba al mercado, mataron cierto número de hombres, trajeron trigo y todas las provisiones útiles que pudieron, regresaron y se estuvieron quietos. En adelante, los atenienses dispusieron mejor su guarnición. Y acabó el verano. Al invierno siguiente... los melios volvieron a tomar otra parte del muro ateniense, defendida por pocos guardias. En consecuencia, llegó luego de Atenas otro ejército, al mando de Filócrates, hijo de Demeas, que estrechó entonces vigorosamente el asedio, y como se produjera cierta traición entre los mismos sitiados, capitularon y se rindieron a los atenienses a discreción. Los atenienses ma-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

taron a todos los adultos que apresaron, y vendieron como esclavos a los niños y mujeres. Ellos mismo poblaron el lugar, y enviaron más tarde quinientos colonos.

TUCÍDIDES, *Historia de la guerra del Peloponeso*, V, 84 - 116.

Era de noche cuando llegó la nave Páralos con nuevas del desastre (aniquilamiento de la flota ateniense por la espartana junto a Egospótamos), y un lamento corrió desde el Pireo, por los Largos Muros hasta la Ciudad, al pasarse unos a otros la noticia. Aquella noche nadie durmió, porque lloraban no sólo a sus muertos sino mucho más a sí mismos, pensando que les tocaría sufrir lo mismo que ellos habían infligido a los melios, colonia espartana a la que habían sitiado y sojuzgado. (JENOFONTE, *"Historia griega"*, II, 2, 3).

TRADUCCIÓN DE MARÍA ROSA LIDA.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

LAS OBRAS Y LOS DIAS

REVISTA DE LIBROS

KARL VOSSLER: *"Filosofía del Lenguaje"*. Traducción y notas de Amado Alonso y Raimundo Lida con la colaboración del autor. Editorial Losada. Buenos Aires, 1943. (281 páginas).

A los veinte años de haber aparecido en Alemania estos ensayos de filosofía del lenguaje, salen ahora vertidos al español por Amado Alonso y Raimundo Lida. La mayoría de ellos ya se habían publicado entre 1910 y 1919 en *Logos*, una revista de "filosofía de la cultura" que señalaba entonces nuevos rumbos a la flor del pensamiento filológico alemán; todos ellos casi parecen estar en espera de los ensayos hermanos que Vossler reunió dos años más tarde bajo el título de *Espíritu y cultura en el lenguaje*. Aunque este libro no se aleje nunca de la forma más serena de la discusión científica, asoma acá y allá el recuerdo de momentos polémicos que señalan las etapas antecedentes del pensamiento de Vossler. Dos ensayos están particularmente dirigidos a discutir conceptos de Meillet y de Bally, y son por lo tanto aportación valiosa a la crítica de la lingüística general procedente de Saussure que la lingüística moderna va justamente elaborando desde hace un cuarto de siglo. El primer ensayo sobre la naturaleza de la gramática, y frecuentes arremetidas contra cierta interpretación psicológica de los procedimientos lingüísticos y contra las distinciones retóricas de la vieja estilística se empalman en cuestiones que Vossler había debatido anteriormente cuando estaba al lado de Benedetto Croce, mientras sigue vibrando en este libro el afán crítico que veinte años antes le había dictado su *Positivismo e idealismo en la ciencia del lenguaje* poco después de haberle aparecido en el camino de Damasco la estética de Croce.

Hay que recordar esta conversión; hablando fuera de metáfora, hay que recordar que Vossler fué atraído dentro de la órbita de Croce al plantearle éste un problema crítico muy concreto con motivo de reseñar su ensayo sobre la lengua y el estilo de Benvenuto Cellini. Todo eso nos aclara sin más la posición particular que compete a Vossler y a este libro suyo en la historia de la última lingüística. Es sabido que Vossler continúa la más pura tradición de la filología románica alemana, encabeza-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

da por Federico Díez: el mundo románico es para él, ante todo, un problema de historia literaria y cultural. Huelga mencionar aquí las aportaciones de Vossler a la historia de la literatura y cultura española e italiana, sus interpretaciones del pensamiento medieval. Llena estos ensayos el recuerdo, y el espíritu, de un libro que Vossler publicó en 1913 y refundió en 1921, y de nuevo más tarde (3.ª edición en 1929): *La cultura de Francia reflejada en el desenvolvimiento de su lengua. Historia de la lengua literaria francesa.* Vossler enfoca el problema lingüístico con la preparación y los intereses de un filólogo acostumbrado a mirar las lenguas románicas desde las cumbres de su literatura y poesía. Sin embargo, el problema propiamente estilístico, el problema de la lengua poética, de la expresión lingüística pura y simple, no sobresale en estos ensayos; no faltan sugestiones notables, pero son pocas con respecto a lo que hacían esperar ciertas páginas de *Positivismo e idealismo;* esta dirección de la estilística idealística nos lleva a Spitzer más bien que a Vossler. Estos ensayos siguen mirando al individuo creador de su lengua, pero al individuo históricamente determinado, sumido en la cultura de su nación, sumido en los múltiples valores prácticos de la vida. Por encima, o por dentro, de su intento metódico, estos ensayos plantean idealísticamente el problema concreto de la historia lingüística con todas sus parejas de antinomias que Vossler, al escribir su historia de la lengua francesa, había descubierto, sí, pero no siempre fijado adecuadamente en el cuadro unitario de una exposición histórica. Así Vossler se injerta en la gran corriente de la lingüística moderna. Muy acertadamente Stenzel, al sintetizar la aportación de la filología y de la lingüística comparada al problema filosófico del lenguaje, pone a Vossler en el punto extremo alcanzado por la llamada dirección sociológica de la lingüística.

"Y cuando se ha aplicado a la filosofía lingüística de Vossler una crítica interpretativa... se ha reconocido bien que lo que en substancia predica Vossler es la vuelta al sentido espiritualista que tenía la lingüística en su nacimiento con Herder, Humboldt, Bopp... "escribe Amado Alonso en su prefacio. Puede extrañar al público de los legos —cabe puntualizar que los libros de Vossler, aunque requieren mucha atención y reflexión para comprenderlos bien, no desalientan nunca al lector no especializado, tan vivos, tan humanos son los temas que pone ante su vista— puede extrañar al gran público que haya podido existir durante casi un siglo, y siga existiendo todavía, una dirección no espiritualista de la lingüística. Sin embargo así es y el prefacio de Alonso, que explica a Vossler, recorre muy oportunamente todo el camino de la lingüística remontando hasta el momento en que la ciencia se acercó al lenguaje teniendo que prescindir de su sentido espiritual, pasando pues al período en el que se reconoce sí el valor espiritual, cultural, interior, del lenguaje, pero se lo reconoce positivísticamente, como causa determinante del producto lingüístico; la lengua sigue considerándose como un conjunto de hechos y de relaciones, clasificable en esquemas que se llaman gramáticas, categorías psicológicas, evolución histórica, etc. Son sistemas que se refieren sólo de un modo genérico al espíritu del hablante; su individualidad expresiva está fuera de

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ellos y por lo tanto parece a ellos superditada. ¿Es posible salir de esta oposición que el espíritu sistemático y racional del positivismo tiene que imponer al fenómeno lingüístico y convertirlo en una antinomia cuyo polo positivo es la actividad fantástica y expresiva del individuo hablante y el polo negativo son las condiciones históricas contingentes, son los rasgos particulares de la lengua en que esta actividad desempeña su papel creador? Este es el planteamiento del problema que Vossler llamó idealístico no sólo porque hace hincapié en el idealismo de Croce, sino también porque reacciona hacia tendencias positivistas y deterministas. Basta pensar en el paralelismo que presenta con problemas metódicos de historiografía y de crítica literaria, para columbrar lo nueva y lo viva que puede ser esta posición.

La luz de estos principios lleva a bosquejar una nueva interpretación y clasificación de la lingüística: en sus tres primeros ensayos ("Gramática e historia lingüística. Historia de la lengua e historia de la literatura. Historia cultural e historia") Vossler quita cualquier autonomía al concepto de gramática reduciéndolo a la manifestación del gusto; de donde se desprende inmediatamente la estrecha vinculación de la historia de la lengua con la historia literaria de una nación: ellas no son otra cosa sino las dos faces de un aspecto particular de la historia cultural, mejor dicho, de historia sin más. Los tres ensayos que siguen ("El sistema de la gramática. La vida y el lenguaje. Formas gramaticales y psicológicas del lenguaje.") llevan a una evaluación análoga de la lingüística general. Al conjunto de procesos, ora uniformadores ora diferenciadores, que la lingüística general llama sistema, no compete autonomía alguna. Efectivamente la lingüística general los concibe como función de una forma concreta e histórica de vida espiritual, pero todo esto adquiere sentido sólo en cuanto se inviertan los términos del problema y se parta del concreto de esta actividad para interpretar el carácter genérico de la función gramatical. Los dos últimos ensayos ("El individuo y la lengua. Los límites de la sociología lingüística") son más abiertamente constructivos y atañen al foco mismo del problema histórico del lenguaje: la antinomia entre el individuo y la sociedad. En el primero se consideran los medios que tiene el individuo para afirmar psicológica e históricamente su libertad respecto al uso de la comunidad lingüística; en el segundo —quizás el más importante de todos—, Vossler al lado de la expresión estética (que es el elemento poético, libre, del lenguaje), al lado de la expresión lógica (que implicaría por lo contrario, según él, una oposición entre el espíritu individual y su lengua), aísla y pone en evidencia la faz práctica del lenguaje, a la cual da el nombre de "elocuencia". Este momento práctico mira a la manifestación de la voluntad por medio de la comprensión y persuasión y justifica un tratamiento sociológico del problema lingüístico aunque sólo dentro de ciertos límites porque el momento estético, que es fundamental en la actividad lingüística, no desaparece nunca por completo.

"A fin de estrechar lo menos posible el tratamiento sociológico del lenguaje, vamos a recorrer sus dominios con grandes rodeos. Veamos si con ello no llegamos a regiones donde el lenguaje, se-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

gún su naturaleza, deja de ser un fenómeno de la convivencia y donde el planteamiento sociológico de los problemas pierde por sí mismo su interés, sin que necesite nadie salirle al paso hostilmente ni plantearle hitos fronterizos" (pág. 235). La posición crítica de Vossler está muy alto, quizás esta altura haga que el lado gramatical y convencional del lenguaje se le presente algunas veces en una sombra de muerte que está más allá de sus efectivas intenciones. Esto, o algo por el estilo, me parece que nota también Alonso en la última página de su prefacio donde aclara lo que Vossler llama el lado letal del lenguaje (die sterbliche Seite der Sprache). Un historiador podría fácilmente glosar por su cuenta estas observaciones, y algunas otras más podría agregar un comparador empedernido. La verdad es que la lingüística idealística no salió todavía por completo de su período reactivo con respecto al positivismo. Ahora bien, un tratamiento positivista es inherente a la comparación, reconstrucción prehistórica de materiales cuyos resultados la historia lingüística necesita. Se impone por lo tanto no sólo una revisión de estos resultados a la luz de los nuevos principios, sino una transformación de la metódica técnica. Sin embargo, basta leer las palabras de Vossler que acabamos de mencionar para darnos cuenta de que este problema, y otros de más amplio alcance, están por lo menos virtualmente incluídos en su programa.

Con respecto a las premisas teóricas —la forma interior de estos ensayos— claro está que filósofos, estetas, historiadores, sociólogos y ¿porqué no? también lingüistas, tendrían algo que notar, glosar, preguntar. A este propósito sería muy interesante puntualizar las relaciones con Croce. Hay muchas páginas en este libro que traen a la memoria del lector las mismas sugestiones, las mismas reflexiones, hasta las mismas dudas que se le despertaron al leer el "Breviario" o los "Problemas de estética", o las "Conversaciones críticas"; pero el tono es muy distinto: a menudo éstas son analogías, más bien que derivaciones. Muy sugestivo sería por ejemplo un cotejo con lo que Croce en aquellos años o poco más tarde escribió sobre la poesía popular, este sentido común de la actividad estética, como la llamó Croce, llenado y mezclado con intentos meramentes prácticos, y por lo tanto más próximo que la grande arte a la forma expresiva que está en la raíz del lenguaje. Por su parte, Croce no dejó de hacer reparos a la validez de algunas distinciones y delimitaciones gnoseológicas puestas por Vossler. Pero esta vez Vossler se ha mostrado muy cauto: "Dejo ahora de lado —escribe en la carta dedicatoria— si se le ha de seguir llamando filosofía o si es preferible el nombre de historia del lenguaje para este modo de observación que persigue lo esencial y lo básico hasta en el dominio de lo aparentemente inesencial y accidental; pues no quiero hablarle a usted de temas sobre los cuales apenas he realizado algunos modestos ensayos".

Vossler da a la filosofía del lenguaje la que ésta espera de un filólogo: la plena penetración metódica del sujeto de su especialidad. Y realiza esta penetración en forma meditativa, rodeando por todas partes sus conceptos, tanteándolos, mirándolos bajo los puntos de vista menos esperados. Es una forma de acercamiento más que de aclaración que trae

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

a la memoria el estilo científico de Hugo Schuchardt. Al igual que Schuchardt ayuda a Vossler la fuerza singular de generalización, la amplitud y variedad de horizontes; muy propia de Vossler es por fin su grande sensibilidad para lo expresivo que le dicta páginas gustosas de análisis y de crítica.

El estilo de estos ensayos es una aplicación sugestiva de lo "ornamental" en la lengua, eso es del ideal estético que Vossler persigue hasta en la expresión del pensamiento científico. Quien tiene una familiaridad de muchos años con este estilo, con esta voz amiga que tantas veces le animó de repente en las soledades de su pensamiento, reconoce con gusto el alemán vaporoso de Vossler dentro de la forma clara y firme que le da el español de Alonso y Lida. Esta traducción, como lo son las buenas, es por sí misma una interpretación que desborda desde el propio texto en los ejemplos españoles puestos al lado de los que estaban en el original, en las notas explicativas (algunas aclaran muy oportunamente conceptos introducidos por la lingüística idealística), en las referencias bibliográficas puestas al día, y por fin en las guías antepuestas a cada capítulo y en el prefacio introductivo. Es un conjunto inmejorable de labor esmerada e inteligente.

El crítico tiene sólo que expresar un deseo, mejor dicho, adelantar una previsión. Vossler es el segundo autor que Alonso traduce en su "Colección de filosofía e historia del lenguaje"; Bally ha sido el primero, seguirán Otto Jespersen, Ferdinand De Saussure, Antoine Meillet. Bally se publicó casi sin comentario, el aparato crítico para Vossler ya es notable; Jespersen, Saussure y Meillet, cuyo pensamiento arraiga en una generación anterior, tendrán necesidad de una orientación histórico-crítica aún más prolija. Así no sólo la Argentina junto con los países de habla española tendrá una preciosa colección de "clásicos" de la lingüística contemporánea, sino que los seminarios de la enseñanza superior conseguirán un medio de trabajo seguro y prácticamente inagotable.

BENVENUTO TERRACINI.

Tucumán.

* * *

INCA GARCILASO DE LA VEGA: *Comentarios reales de los Incas,* primera parte. Editorial Emecé. Buenos Aires, 1943. 2 tomos (XXII-298; 342 págs.).

La Primera Parte de los *Comentarios Reales de los Incas* publicada por la Editorial Emecé con prólogo de Ricardo Rojas y al cuidado de Angel Rosenb at, es un modelo de lo que debe ser la edición de un autor clásico. En los últimos años, nuestros editores han ido dando cada vez más la importancia debida al cuidado en la elección de buenos traductores y al esmero tipográfico en la presentación de los libros. Sin embargo, todavía no se ha llegado a comprender que no toda persona puede ponerse de buenas a primeras a editar un clásico, y que hacer la edición de un clásico no es copiar cualquiera de las ediciones más o menos acreditadas que ya corren en plaza. Muy por el contrario: todo autor anterior al siglo XVIII presenta problemas que sólo un especialista puede resolver. Aun en el caso de que se quiera reproducir exactamente un texto clásico es necesario estar en condiciones

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

de poder valorar con precisión el significado de las grafías y saber darles su equivalente moderno.

Frente a la edición de un texto clásico el primer problema es el de la elección del texto antiguo que ha de seguirse. Con excelente criterio el Dr. Rosenblat reproduce la edición princeps (Lisboa, 1609) en oposición a otros editores y antologistas del Inca que, uniformemente, siguen la segunda edición (Madrid, 1723) más accesible, pero deficiente, pues carece de la dedicatoria a la Princesa de Braganza, a las erratas de la edición de Lisboa añade otras, —ni salva las de la Fe de Erratas— y entre ellas, muchas por ignorancia del quechua (*Oello* por *Ocllo, Capa Inca* por *Çapa Inca, Cumac Nusta* por *Çumac Ñusta* y moderniza la ortografía con el criterio de la época. En el tomo segundo de su edición (págs 299 ss.) el Dr. Rosenblat explica el criterio que ha seguido: moderniza la ortografía en lo que no afecta a la pronunciación de la época; así, en lugar de *vuas, yr* se lee ahora *uvas, ir,* puesto que no había motivo alguno para preferir una grafía que sólo entorpecía la comprensión del texto; en cambio, se conserva rigurosamente todo rasgo ortográfico que responde a particularidades de la pronunciación del siglo XVI; con criterio parejo, la acentuación, la puntuación, la cursiva y las mayúsculas y minúsculas han sido ajustadas al uso moderno. Pudo también haberse seguido un criterio más amplio de modernización, adaptando más al castellano moderno la ortografía del Inca, pero, siempre, lo importante es elegir un cierto criterio con toda conciencia, de acuerdo con el tipo de edición que quiere hacerse, y seguirlo rigurosamente. El elegido por el Dr. Rosenblat ha permitido que su obra sea un valioso instrumento para especialistas al mismo tiempo que un libro de lectura agradable, accesible para cualquier lector culto.

Los problemas propios de una obra del siglo XVI son más complejos en el caso del Inca, pues su obra está abundantemente salpicada de voces indígenas, que el autor adaptó a la fonética del español actual, de acuerdo con el idioma indígena del que forman parte. Si la presencia de la *h* en palabra española que hoy no la tiene o su ausencia en palabra que hoy la exige requiere el conocimiento preciso de su valor en el siglo XVII, en los *Comentarios Reales* hay que sumar el problema de la *h* en los nombres indígenas. La *Ñ* mayúscula, por ejemplo, no parece haber existido en la tipografía del editor de Lisboa, y el Inca escribía con mayúscula todas las palabras indígenas: en consecuencia, en las ediciones atiguas se lee *Nusta, Nuñu,* que había que reemplazar como lo hizo el Dr. Rosenblat, por *ñusta, ñuñu,* etc. Para mayor rigor crítico, al final del tomo II se da una lista de las correcciones introducidas en el texto de 1609, y completa la edición un *Glosario de voces indígenas,* de todos los indigenismos que aparecen en el texto —aún los nombres de persona y de lugar— transcribiendo, siempre que las haya, las explicaciones con que el Inca acompaña la palabra.

El prólogo del Dr. Ricardo Rojas —que ya en otras ocasiones se ocupó de la personalidad del Inca— incluye las noticias indispensables acerca de su vida, tradición, valor historiográfico, etc., y pone de manifiesto que esta hermosa edición que hoy presenta Emecé —la

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

primera edición argentina completa— materializa la aspiración del general San Martín, que en el año 1814, en su retiro de Córdoba, antes de emprender la campaña de los Andes, encabezó una suscripción para que se publicaran los *Comentarios Reales* del Inca, sin llegar nunca a ver cumplido su deseo.

La presentación de esta edición y el cuidado tipográfico (se utilizaron elementos xilográficos de la edición de 1723) no desdicen del prólogo de Ricardo Rojas y del cuidado editorial de Angel Rosenblat. La edición testimonia, tanto los progresos alcanzados por la industria del libro en la Argentina, cuanto el creciente amor que hay entre nosotros por las grandes obras del pasado americano.

FRIDA WEBER.

* * *

GUILLERMO DE TORRE: *Menéndez Pelayo y Las Dos Españas*. Cuadernos de Cultura Española. P H A C. Buenos Aires, 1943.

De dos partes consta el libro: "El Titán y El Banderizo".

En la primera la apología de Menéndez Pelayo, en la segunda el descubrimiento de que Menéndez Pelayo perteneció, en realidad, a una sola de las dos Españas que desde siglos se enfrentan.

"Poeta español y católico por excelencia; poeta de todas las intolerancias e intransigencias católicas; poeta teólogo, poeta inquisitorial, a quienes nosotros aplaudimos y festejamos y bendecimos, y a quien de ninguna suerte pueden contar por suyo los partidarios más o menos liberales". Define Menéndez Pelayo a Calderón y se define.

Que Menéndez Pelayo, el Titán, no haya podido zafarse de las luchas intestinas o, mejor, del enfoque parcial del existir hispánico es para Guillermo de Torre algo trágico: significa, en verdad, la tragedia de España. Y entonces el libro se vuelve un afanoso hurgar en los acontecimientos seculares y halla "una historia que no acaba". Y "Cuando en la Historia de los Heterodoxos españoles leemos las vicisitudes de los erasmistas —los hermanos Alfonso y Juan de Valdés y sus discípulos— nos parece asistir al preludio de análogas luchas decimonónicas en pro de la libertad de conciencia".

Ahora, si se lleva la cuestión a otros planos, se proyectará más acusada "sobre el rastro bipolar de las dos corrientes en que se bifurcan hostilmente las interpretaciones de España". Estas dos corrientes: la censoria o europeísta, y la apologética o casticista, se enfrentan más que nunca en la interpretación de la decadencia española. Que la raíz más profunda de tal decadencia esté "en la fe ardorosa, excluyente, del dogma católico" todos lo reconocen pero no todos justifican tal hecho; Menéndez Pelayo, paladín de la España reaccionaria o apologética, afirma: "Nuestra decadencia vino porque estábamos solos contra toda Europa, y no hay pueblo que a tal desangrarse resista; pero las grandes empresas históricas no se juzgan por el éxito. Obramos bien como católicos y como españoles; lo demás, ¿qué importa?".

Esta actitud de Menéndez Pelayo podría calificarse, por usar los términos del portugués Fidelino de Figueiredo, de

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

felipismo; ya que, conforme expone en el libro *Las dos Españas,* "queriendo (Felipe II) unificarla, la dividió para siempre". Felipista y antifelipista, apellida Figueiredo a las Españas fronteras; y estas dos Españas: la intolerante y la tolerante, la europeizante y la casticista, siguen en lucha, ¿hasta cuándo? Hasta cuando no se comprenderá que la "unión de las dos Españas en una España nueva sería la solución del conflicto". Y se pregunta Guillermo de Torre: "¿Será ya tarde —o demasiado temprano— para que cristalice esa idea?"

La angustia del autor invade las páginas subsiguientes, en donde se habla de lo de hoy, de lo que hiere y quema: "en España todo está dividido". Sin embargo: "Considerada su historia como una dialéctica suprema, viva, los momentos de la tesis y de la antítesis han llenado ya muchos siglos. Falta, empero, la tercera etapa hegeliana: la etapa de la síntesis". Síntesis a la cual corresponde un nombre y uno solo: "integración". "Quede aquí modulada su epifanía".

Con estas palabras termina el bellísimo libro de Guillermo de Torre y que sean ellas el comienzo de una nueva era, es nuestro voto.

R. D. H.

* * *

LORENZO LUZURIAGA: *"La educación nueva"*. Cuadernos de Pedagogía de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Tucumán, 1943.

Tucumán difunde ahora el producto maduro de búsquedas pacientes y síntesis meditadas de una de sus figuras mayores. Su gestor, Lorenzo Luzuriaga, docente en aquella casa humanista, adherente decidido, representante oficial en cierto momento y conocedor directo de pedagogos, métodos y establecimientos de la educación nueva. De sus ideas y hechos es divulgador erudito e incansable, editor inquieto y tesonero en ua bibliografía riquísima y una revista prestigiosa. Quien —entre otras— dió una presentación orgánica, completa y apretada de las teorías de "La pedagogía contemporánea", debía brindar ésta —pareja y complemento—, donde aspira y cumple la empresa ardua y virgen de ofrecer en forma suscinta "una perspectiva", "una visión general sobre el movimiento de la educación nueva" actual.

Este nutrido repositorio de informaciones —severamente podado en generoso sacrificio— se entrega como introducción al tema, guía para indagaciones profundizadas y extracto ilustrativo, que deparará al autor la satisfacción merecida de verlo aprovechado largamente y a un tiempo por quienes busquen su comprensión global en un panorama amplio y preciso; por los investigadores de itinerarios, pistas y conexiones, y los estudiantes, que tendrán la exposición compediosa y clara que les faltaba.

I. — Aunque sus antecedentes —dice en las páginas iniciales— retroceden hasta el Renacimiento y Humanismo de los siglos XV y XVI, puede asignársele a la educación renovada del presente sólo media centuria de existencia. Distínguese en su desarrollo cuatro momentos capitales: *1889 a 1900*: créanse las primeras escuelas nuevas en Europa y América; *1900 a 1907*: se formulan las

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ideas pedagógicas; *1907 a 1918*: inventa y aplícanse los primeros métodos; *desde 1918 hasta nuestros días*: los conceptos y técnicas se difunden, consolidan y oficializan.

Para seguir su evolución, Luzuriaga revisa en los capítulos siguientes las ideas, métodos, instituciones y reformas escolares que lo integran. Sigamos viendo, al menos, el marco de cada uno.

II. — Desde su nacimiento —espontáneo, insistemático—, la educación nueva cuenta con un repertorio de doctrinas y sistemas en permanente devenir. Sin pretender agotarlos, pueden destacarse sus rasgos más típicos y coincidencias, de lo que resulta una antología de cinco principios esenciales subyacentes en todos los métodos y estrechamente vinculados, que apoyándose entre sí, resumen su orientación general. *Actividad*: la actividad, finalista, progresiva y en colaboración, incluída en un plan o programa de trabajo, conforme a las necesidades, intereses y afanes reales de cada niño y orientada por el maestro, debe presidir la tarea educacional en todos los aspectos de la vida del alumno y la escuela; *vitalidad*: lo primordial y sustantivo es el acrecentamiento —no la conservación y adaptación del ser del niño—, y fuera de este objetivo último lo demás son medios; *libertad*: dar al niño oportunidad de conquistarse el derecho —limitado— de autodeterminarse, en lo físico sus movimientos, en lo intelectual merced a la experiencia propia y en lo moral por la autonomía de su voluntad; *individualidad*: la infancia, la adolescencia y cada niño tiene significación propia y requiere conocimiento y trato particulares, estimulando su iniciativa, originalidad, independencia, autodominio, inhibición y disciplina para que desarrolle al máximo su individualidad y se convierta en persona; *colectividad*: debe buscarse el desenvolvimiento de las tendencias sociales del niño mdiante la educación en comunidad.

III. — Para establecer cierto orden en la riqueza de métodos y técnicas de la educación nueva, Luzuriaga propone varios cuadros de clasificación, atendiendo a la evolución histórica, nacionalidad y edad a que se dirigen. El más acertado a su criterio es el que resulta de disponer los fundamentales en triadas según su aplicación: A) *Métodos de trabajo individual:* Montessori, Mackinder y Plan Dalton; B) *Métodos de trabajo individual colectivo:* Decroly, Sistema Winetka, Plan Howard; C) *Métodos de trabajo colectivo:* Proyectos, Enseñanza Sintética, Técnica de Freinet; D) *Métodos de trabajos por grupos:* Método de equipos, Cousinet y Plan Jena; E) *Métodos de carácter social:* La cooperativa social, la autonomía de los alumnos y la comunidad escolar. Al caracterizar y estimar brevemente a cada uno de ellos, en el método de Proyectos encuentra "la más alta expresión del trabajo colectivo y quizás de los métodos de educación nueva".

IV. — Analiza algunas de las más importantes escuelas nuevas de ensayo y las agrupa por sus notas pedagóg cas de mayor relieve en la siguiente tabla: *"escuelas nuevas"*, inspiradas con mayor o menor intensidad en las escuelas de Abbotsholme y Bedales; *"escuelas experimentales"*: de tipo científico y técnico que se originan en los Estados Unidos, principalmente bajo el predicamento de la escuela primaria universitaria fundada por Dewey; *"escuelas activas"*:

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

de carácter esencialmente didáctico y metodológico, que siguen a los creadores de los nuevos métodos de educación, y las *"escuelas de ensayo y reforma"*: oficiales que abarcan varias instituciones y constituyen un sistema escolar.

V. — Después de una lucha larga, la educación nueva empieza a incorporarse a la enseñanza pública durante la crisis siguiente a la contienda 1914-18 en los países que, insatisfechos, dominan la resistencia de la pasividad y los intereses opuestos y acuden con preferencia a las ideas y métodos de los países anglosajones victoriosos. Dentro de este reformismo europeo, el autor escinde dos grandes grupos: el comprendido entre 1917 y 1923: Rusia, Alemania, Austria, e Italia; y el que va de 1931 al 37: España, Bélgica y Francia.

Pero —dice en la Conclusión— cuando el triunfo parecía próximo la reforma —neutral— fué embestida por otros movimientos de índole política que pretendían asimilarse sus conceptos e instituciones despojándole de sus contenidos de libertad, autonomía e individualidad. Esta contrarreforma que empezó casi de inmediato en Rusia, Austria e Italia y hacia 1933 en Alemania al asumir el mando el nuevo gobierno, impera ahora en la mayoría de los países del continente sometidos o influídos por el poder alemán.

Mientras tanto, los países anglosajones e iberoamericanos conservan la ideología de la educación nueva y, en especial al sobrevenir el conflicto anterior, acentúan cada vez más el principio democrático hasta introducírselo como objetivo cardinal y —sobre todo en el movimiento norteamericano— realiza al par su propósito social, encaminado a liberar la educación de la prevalencia de ciertas clases sociales, del juego económico y a modificar la sociedad misma.

"Y así —termina Luzuriaga— nos encontramos hoy en presencia de dos ideologías en pugna. Las mismas que existen en la sociedad actual. De un lado los regímenes totalitarios y la educación totalitaria. Del otro, los regímenes democráticos y la educación liberal. La guerra actual decidirá, evidentemente, la suerte de unos y otros, y con ello el destino de la educación nueva".

JAIME BERNSTEIN.

* * *

JOAQUÍN CASALDUERO: *Vida y obra de* Galdós. Ed. Losada. Buenos Aires, 1943.

Desde siempre sentíamos la necesidad de un libro orgánico sobre Galdós. El que acaba de publicarse llena tal necesidad. Aunque la obra no haya querido abarcar "ni un análisis de las obras de Galdós ni un estudio de los temas que constituyen el tema galdosiano. Obras y temas se han tenido en cuenta en tanto que nos mostraban el significado de la Obra y sólo en el grado que ayudaban a ello", el lector tiene a través de sus páginas una visión clara y cabal de la obra galdosiana y de la importancia de la misma.

Desde la primera parte en que se estudia con inteligencia y amor (sola manera de llegar al pleno conocimiento de seres y cosas) la vida de Galdós, nos aparece este vigía de la vida hispánica, que ofrenda toda su inmensa labor al estudio del problema de España.

Se podría reprochar a Casalduero la

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

persistencia en la búsqueda simbolista, es muy posible que en la obra de Galdós, como acontece generalmente, haya habido mayor espontaneidad que la apuntada, pero aún sin aceptarlas, cuánta utilidad brindan al lector las observaciones perspicaces y sutiles de Casalduero. Infunde en el lector cierta actitud polémica que no es sino expresión de interés real.

¿Que Galdós estaba empapado de "españolidad" que duda cabe? Y que el autor de doña Perfecta veía en ella personificada el fanatismo, tampoco es posible la duda, pero no siempre el ser vivo representaba en la mente de Galdós la personificación de tendencias o etapas. Y lo que decimos no lo decimos por no convencernos las palabras de Casalduero, casi me animaría a afirmar que las dudas expuestas expresan más bien el estado contrario al de la falta de convicción. Por muy claras, por muy evidentes, dudamos de ellas.

Observaciones, las pasadas, de personas vueltas exigentes y descontentadizas dado lo bueno a que las han acostumbrado. Porque es así. El libro de Casalduero es tan bueno, pero tan requetebueno que aguzamos la mente para hallar algún reparo, y al no hallarlo nos asalta la duda: ¿pero es posible que lo haya visto todo y tan bien? Y sin embargo es así: recordemos si no las páginas sobre el pícaro, o mejor sobre la redención del pícaro. Porque Araceli lo es, sin duda alguna, y recordemos la sutil diferencia entre el honor burgués que permite la redención del desheredado y el barroco que se opone a la salvación del mismo. Recordemos, a mayor abundamiento, la comprensión de las luchas medievales en la España del siglo XIX frente a las luchas sociales y económicas de la Europa moderna del mismo tiempo.

R. D. H.

* * *

WERNER BOCK: *El eterno tú*. Ed. Americalee, 1943.

Libro de factura dispar, ingenua. Dos parejas contrapuestas, ideal e idealista una, caricaturesca la otra, y un aviador que halla en la mujer de la primera a la madre y a la amada. Hay un símbolo en el libro, pero ¿cuál? ¿Será por impericia lingüística que no llegamos a la entraña viva de la obra?

La incorporación, en esta época, de valores foráneos acarrea serios problemas de tal manera que el aporte científico o literario, valioso por cierto, se ve a menudo mermado por la lengua en que se vierte. No es posible, salvo casos excepcionales, que conocemos, dominar ni sentir una lengua a los dos o tres años de estada en el país y las correcciones esporádicas no sirven sino para hacer resaltar la desarmonía del todo.

R. D. H.

* * *

ERNESTO L. CASTRO: *Los Isleros*. Ed. Losada, 1943.

Nos hallamos frente a un verdadero novelista. Nada sé del autor sino esto: que la novela escrita por él es una verdadera novela, y no es decir poco. Los reparos no cuentan, son luces que una mano amiga coloca a fin de indicar la ruta al viandante y no se vea en ello petulancia alguna. Somos todos un poco el insensato peregrino de Dante que lle-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

va la luz detrás de sí y, dejando su senda en la obscuridad, ilumina a los que le siguen.

La figura de la madre, dura, enigmática, se recorta sobre el fondo hosco, extraño, terrible, con la fuerza de una figura hispánica: elemental y hermética. Doña Perfecta sin proyección metafísica. Y a su lado empequeñecidas, por humanas, las figuras del padre, del hijo y la gentil de la nuera.

La trama se inicia simple: la familia, la célula diminuta y originaria de la sociedad en una isla casi desierta, en donde el hombre no domina, sino a costa de su mismo existir, la naturaleza. El drama debía haber conservado la simplicidad del comienzo; creemos un error el haber introducido a los alemanes refugiados, y el haber hecho vibrar en los isleros una nota por la tragedia actual de Europa y del mundo. La obra sin ganar en complejidad pierde en grandeza épica. Y entonces muchas cosas resultan inexplicables y los seres disminuídos: por ej. el sentimentalismo tardío de la anciana y su claudicación.

Es más sensible este error de desarrollo si se considera que el autor tenía fuerzas como para conducir dentro de la grandeza lineal, épica, la obra, pues qué poder descriptivo revela en las páginas de la creciente, o en aquellas más sosegadas, de melancolía honda y sentida, en que nos pinta el viaje del padre a la chacra de los suegros del hijo. Páginas de una simplicidad tal que no es dado hablar de virtuosismo, pero ese olor a tierra seca que el anciano islero percibe, el gusto a tierra que se deshace en polvo llega hasta nosotros.

R. D. H.

* * *

MAX SCHELER: *Esencia y formas de la simpatía*. Ed. Losada. Bs. As., 1943.

Es imposible dar una idea ni siquiera vaga de la densidad y riqueza de este libro en una escueta nota bibliográfica. Trataremos por lo tanto de esbozar sus líneas fundamentales.

La simpatía, en su forma más típica (dejando de lado el inmediato sentir uno con otro) implica la intención del sentir dolor (compadecerse) o alegría (congratularse) por la vivencia del prójimo dado como tal prójimo.

La referencia intencional que ella posee ya como mero sentir le ha sido negada por las teorías genético-asociativas y el hecho de la distancia fenoménica de las personas ha quedado desvirtuado en las interpretaciones metafísico monistas.

El error capital de las teorías genético-asociativas consiste en identificar espíritu y logicidad y en no querer otorgar a la esfera emocional la trascendencia que sólo acuerdan a la razón. Contra esto sostiene Max Scheler que junto a los sentimientos de estados, zona inmanente, próxima al cuerpo, regidas por leyes causales y única que ellos reconocen, existe el plano de lo emocional trascendente que en sus formas más altas apunta a complejos objetivos de valores y que representa para el hombre la posibilidad de liberarle también por vía emocional (en estas teorías sólo racional) de su sujeción a los límites tempo-espaciales.

Según los supuestos sentados por ellas forzosamente las teorías genético-asociativas han de concebir la simpatía como un compuesto de dos elementos: 1.°, un momento emocional, ciego, de vivencia efectiva, real, engendrada causalmente

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

en el sujeto simpatizante (ya sea directamente o por impulso de imitación) más 2.°, un elemento racional, la inferencia discursiva que en el plano lógico recorrería en sentido inverso el proceso causal proyectando el sentimiento propio en el yo ajeno. La intencionalidad la recogería entonces la simpatía de la esfera intelectual. Pero esto se revela totalmente falso a la luz de un examen fenomenológico. Efectivamente, en la simpatía, el compadecerse o congratularse se dirigen ellos mismos ya en cuanto sentir y sin intervención de elemento racional alguno (juicio o representación) al dolor o alegría ajenos habiendo entre ellos no una relación causal, sino intencional, con ausencia por lo tanto de toda vivencia real del sentimiento ajeno.

Las explicaciones dadas por las teorías genético-asociativas corresponden más bien al contagio afectivo que es precisamente lo contrario de la simpatía porque lo característico de él es que se viva el sentimiento ajeno como propio y que sólo por inferencias causales se descubra su origen en lo sentido por el prójimo.

Las teorías metafísicas si bien tienen sobre las genético-asociativas la ventaja de conceder a la simpatía dignidad metafísica y carácter intencional en cambio o desconocen sus formas superiores o cuando en principio las admiten de hecho las desvirtúan en sus interpretaciones. Las podemos dividir en 1) aquellas según las cuales la simpatía nos haría visible la unidad metafísica de la vida supraindividual, ya sea por modo directo (Bergson) ya sea nada más que como indicio subjetivo explicable solamente por la hipótesis de la unidad metafísica de todo lo viviente (Becher). Estas teorías tienen razón en su esfera y para la peculiar forma de simpatía que se ejercita en ella que es la unificación afectiva, pero no tienen razón en cuanto tratan de reducir el plano de lo espiritual en sus esferas lógica y emocional a mero producto de la vida (Bergson, Simmel) y toda genuina simpatía a mera unificación afectiva.

La unificación afectiva tiene su puesto en la esfera vital y adquiere su forma más amplia en la unificación afectiva cósmica. El capítulo V de la primera parte lo consagra Max Scheler al estudio de sus diferentes realizaciones históricas. Su enorme importancia se pone de manifiesto con sólo pensar que es además de otras cosas fuente del conocimiento del valor de lo vivo y que allí donde ha faltado se ha producido una total y radical incomprensión del mundo orgánico.

Notemos solamente esto: la visión organológica de la naturaleza vigente en el etos índico y griego desaparece en la tradición judeo-cristiana de Dios concebido como dueño y señor de la naturaleza. El ingrediente de voluntad y la consiguiente exaltación del espíritu trae aparejado, por contraposición, una profunda desvitalización de la naturaleza que a la larga posibilita y determina nada menos que la falsa concepción mecánica de la realidad de los siglos XVII y XVIII.

2) Otras teorías metafísicas de la simpatía son aquellas según las cuales ellas nos revelaría: a) en forma inmediata y confusa la identidad esencial de las personas singulares en el ser absoluto del mundo y por lo tanto su aparente diversidad metafísica, válida solamente para el plano fenoménico de la realidad empírica (Schopenhauer); b) la simpatía sólo será indicio subjetivo de

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

la existencia de un espíritu supraindividual (E. von Hartmann). Estas interpretaciones corresponden más bien a la unificación afectiva anotada antes, pero aplicadas a la genuina simpatía resultan falsas. En efecto, si lo peculiar de la simpatía consiste en mantener el yo ajeno en cuanto ajeno y si su función cognitiva estriba precisamente en descubrir, frente a la realidad absoluta del yo propio, la realidad también absoluta del yo ajeno, mal puede ser el conocimiento confuso de que ninguno de los dos existe, sino sólo algo más amplio que los envuelve. Pero aún más; las personas no pueden identificarse en su esencia precisamente porque es su esencia el principio de su individuación.

Si la simpatía es una conducta reactiva sólo posible frente a los contenidos dados, en el comprender son el amor y el odio actos espontáneos, absolutamente primigenios, en los que por primera vez hace su aparición el ser-más-alto o más-bajo del valor. Es decir, el amor y el odio son los movimientos que proyectan el valor o el disvalor existente y empíricamente dado en el sentir hasta sus más altas posibilidades ideales. Con esto queda rechazado todo intento de interpretarlos como sentimientos emocionales, como actos de preferencia o postergación, como reacción frente a un valor o disvalor ya dados, porque todas estas son experiencias que suponen existencia previa del valor y son ellas, a la inversa, las que se basan en un acto previo de amor u odio.

A la descripción de los fenómenos de amor y odio sigue la clasificación de los mismos según sus formas, especies y modos y la crítica "in extenso" de las teorías naturalistas del amor.

Es una experiencia común el que tanto podemos pensar, y sentir los pensamientos y sentimientos propios como los ajenos; pero las teorías psicológicas corrientes que ven los hechos desde determinados supuestos no quieren reconocer esta experiencia trivial y como no admiten más realidad psíquica que la subjetiva sostienen que sólo es accesible a la percepción interna lo psíquico propio y que lo psíquico ajeno sólo puede ser inferido a partir de la experiencia externa de su cuerpo, posible, solo por la influencia causal del cuerpo ajeno sobre el propio. Contra esto sostiene Max Scheler que existe lo psíquico como esfera objetiva dada ya antes de toda experiencia empírica en el vacío de los actos emocionales y que condicionada por esta categoría de totalidad se dirige la percepción, en principio según sus posibilidades, al mundo entero de lo psíquico, todavía indeterminado con respecto a las esferas de lo propio y lo ajeno y sostiene además que los procesos causales concomitantes (necesarios también para la percepción del yo propio) en manera alguna determinan la naturaleza y contenido de la percepción interna; sólo se limitan a suscitarle y encauzarle hacia la aprensión de una determinada vivencia. Percibimos, pues, tan inmediatamente las vivencias ajenas como las propias. Esto quiere decir que de los demás no aprehendemos ante todo y sólo el cuerpo (como quieren las teorías psicológicas corrientes) sino que en la percepción interna aprehendemos su cuerpo como campo de expresión de sus vivencias.

AMALIA H. RAGGIO.

* * *

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ANGEL MAZZEI: *"El país de la tarde"*. Colección Ramo Verde. Buenos Aires, 1943.

El poeta nace, mas la expresión se hace. Este casi aforismo se demuestra a las claras en la obra de Angel Mazzei. Superioridad evidente acusa *"El país de la tarde"* sobre el pasado: *El molino y el alba;* y este solo hecho nos lleva a mirar con simpatía cordial el nuevo libro, que aunque no sea dado hablar de obra lograda, pues la complacencia juvenil para con su propia labor aún no ha abandonado al poeta, (por ejemplo la estrofa inicial de Renacer, en donde las imágenes convencionales y librescas se aunan a ritmo y rima forzados:

La golondrina canta en el trigo de estío
brilla el agua en la fuente guardada de tritones,
se adivina en el paso del buey el mismo ritmo,
que tuvo nuestra vida hace ya tiempo, entonces.)

Sin ser obra equilibrada ni depurada, repetimos, contiene páginas hermosas que, si bien revelan algo más que influjos de poetas hispánicos, nos dan la plena seguridad de que cuando este joven poeta exija más de sí mismo, y el dominio de los medios de expresión le permitan oir lo íntimamente expresable de su alma, pueda llegar "al deleitoso monte" de la poesía.

R. D. H.

PLASTICA

DIEZ DIBUJOS DE ATILIO ROSSI, con un estudio preliminar de GUILLERMO DE TORRE. — Editorial Nova. Buenos Aires.

De los diez dibujos que componen esta carpeta de Rossi, cinco tienen una intención de retrato claramente definida, aun cuando no lo fuesen. Y ese rasgo me parece esencial en el pintor si cuando, como sucede en este caso, se quiere estar de vuelta de la deformación plástica deliberada. Porque renunciar hoy a le deformación plástica, presupone hacerlo a ciencia y conciencia de que hay una nueva —y vieja si se quiere, pero actualizada— manera de volver al realismo más realista que pudiera concebirse. Y es eso lo que significa volver la vista al hombre, a lo humano, como principal motivo o centro de interés. Si Unamuno pudo apreciar como valor fundamental en Velázquez y, en general, en la pintura española, ser pintura "de hombres de cuerpo entero", no era esa una simple estimativa temática. Era algo más profundo. Era ver que la noble pintura velazqueña lo era, en gran medida, porque no perdía de vista la noble presencia humana con todo cuanto ésta significa, es decir, hasta con lo que pueda tener de innoble.

Rossi ha debido sentir algo de esto cuando ha modelado con su lápiz expresiones humanas, modelados tan caprichosos y tan exactos, como los que un rostro encierra. Y con la dificultad técnica, también, que el rostro humano significa; si, también con eso. Que a fuerza de inventar "pinturas", se nos ha ido olvidando a todos un poco que, ante todo, la pintura, presupone y ha de presuponer una técnica cuanto más dominada mejor, aun cuando sea para olvidarse de ella

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

inmediatamente. Aun cuando sea para luego deformar, conscientemente, como ha sabido hacer Picasso, toda forma y todo asomo de forma, cuando ha querido hacerlo así.

De trazo sereno —pero no por eso frío, como inducirían ciertos críticos que yo me sé— se aprecia ya en esos dibujos de Rossi un dominio de sí y una sensibilidad en lo lineal, que se traducen en ese claroscuro conseguido a veces en la sola línea, antes de que el sombreado lo acuse en profundidad. En las figuras de mujer, sobre todo —e independientemente de los rasgos del modelo—, se diría que palpita todo un modo italiano, cual corresponde a su autor. Parece como si una tradición, no aprendida sino incorporada, asomase a esas "poses" concebidas en orden sobre todo a la belleza de la composición, a la concepción artística, que se ponen muy de manifiesto, en la manera de tratar gráficamente ciertas calidades, como es la chaquetilla a rayas que viste en uno de los retratos la modelo. Hay en ella un como sabor antiguo, vertido sin embargo con actualidad vigente, que es sumamente expresivo.

Los otros dibujos son de intención más poética, diríamos, para dar a entender que no se ajustan única y exclusivamente a la presencia humana, sino que se deja a la imaginación la posibilidad de ampararse en otros temas. De ellos, el retrato de un niño durmiendo y la mujer a la ventana, tienen especial ternura. Y hay una naturaleza muerta con un jarrón lleno de ramillas, tratado con gracia y finura. Pero en todo caso, estos dibujos deberían verse junto a las realizaciones en color de su autor. El temperamento de Rossi aparecería, así, mucho más íntegramente. Y oleos y dibujos no sólo sumarían, sino que multiplicarían su expresión al poder ver (en este artista más acusada que en otros) la correlación que hay entre el lápiz y el color.

Antecede a los dibujos un estudio de Guillermo de Torre, hecho con toda la precisión y el hondo conocimiento de su autor. Mas para no restar espacio, en esta nota, a la obra del pintor, me limito a señalar, sin hablar de su contenido, dicho estudio preliminar.

ARTURO SERRANO PLAJA.

* * *

NIÑOS Y PRIMITIVOS

A PROPOSITO DE LA "EXPOSICION DE ARTE INFANTIL BRITANICO" (1)

Somos un pueblo joven; vivimos en un país nuevo, mas ¿en qué medida somos *primitivos*?

Si analizamos la evolución del arte de la pintura en el Río de la Plata, de inmediato surge esta comprobación: la pintura no nace entre nosotros de modo natural como acontece en toda cultura auténtica. Nacimos al mundo de la libertad y de nuestra independencia en las iniciales décadas del siglo XIX, pero si bien estos movimientos políticos y sociales reivindicatorios de nuestra naciente nacionalidad son en alto grado válidos

(1) La actualidad permanente para el comentario de la "Exposición de Arte Infantil Británico", se debe a su intrínsico significado y a un hecho circunstancial: esta exposición hállase recorriendo las principales ciudades de América. Se coloca, por tanto, fuera del puro tiempo de la crónica para dar lugar al ensayo de interpretación, que es lo que aquí importa.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

por su potencia, hemos llegado a la pintura por conducto de sencillos plasmadores de emociones, por incipientes hurgadores de la línea y del color (nótese: no digo plásticos), que se dieron a tomar apuntes, a inscribir documentos gráficos de nuestra realidad pintando o grabando tal o cual aspecto de Buenos Aires y de Montevideo. Se comenzó, pues, a dar testimonio de nuestra realidad, de hombres y cosas, a través de un proceso inverso, es decir, imitando y no creando. El siglo XIX, considerado en sus prominentes rasgos, responde a un proceso artístico cada vez más acelerado de visible desintegración (aunque diversos movimientos pudieran dar idea de lo contrario) y, al asimilar formas caducas en lo esencial, los mayores artistas rioplatenses de ese tiempo — el austero Prilidiano Pueyrredón, en la Argentina, el fecundo Juan Manuel Blanes, en el Uruguay—, marcharon hacia formas naturalistas y neo-clásicas (académicas) que no conducían sino a un arte impersonal, de imitación. Cuanto más se puede asegurar que como orientación se continuaba la trayectoria figurativa y dibujística del renacimiento italiano del siglo XVI (no, desde luego, el siglo XIV de los primitivos italianos, de un Giotto o un Massaccio, por ejemplo). De ahí que cuando los pintores argentinos comenzaron con cierta regularidad a efectuar su viaje de estudio a Europa, pensionados por el Estado, encontrándose de pronto con el movimiento impresionista creyeron que iban a abrevarse finalmente en las fuentes verdaderas de la pintura; y su entusiasmo fué de tal condición, que aportarían a su regreso al país el brillo de esa escuela pictórica triunfante (2).

Lada esta explicación, no olvidemos ahora nuestro punto de mira: *la exposición de niños ingleses*. ¿Qué salta a la vista en ese conjunto? Esos niños no proceden a tomar impresiones, no resultan seducidos por efectos transitorios y locales, no escuchan la voz enervante de la perpectiva; se apartan, con su sentimiento interior, de leyes ópticas y físicas, y atienden a otros valores en su intuición regida por la libertad expresiva. Atienden a los puros valores de forma y color; esto viene a emparentarlos con las escuelas pictóricas de vanguardia, con las preocupaciones que los pintores modernos llevaron al extremo logro de la calidad, hasta el rescate definitivo del *hecho plástico*. En los trabajos de los niños, que hemos visto, color, forma y concepto derivan hacia fines coincidentes.

Pongamos ejemplos precisos, en un itinerario principal, dejando de lado lo accesorio. Un niño de tres años procede al uso de la forma pura por manchas de color y arabescos. Otro de cuatro aplica la mancha de color en vista a una representación libre. El de cinco marca los contornos y en su visión personal predomina la masa de color armónicamente distribuída. El de seis marca la forma con el lápiz y gradúa el color. Al de siete le preocupan figuras y esce-

(2) Valga esta prédica: Martín A. Malharro, pintor impresionista argentino, con lúcidos argumentos pedía —en 1904— que fuera modificado "fundamentalmente el actual sistema de dibujo en los colegios de enseñanza secundaria", definiéndose por el método de "interpretación" en contra de la "copia servil" y de la "rutina", para obtener "el sentimiento de la línea", para alcanzar la "síntesis demostrativa de la forma en sus diferentes aspectos", y, ante ésta, saber "ver" y "razonar".

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

nas de la vida real, flores y pájaros, por la síntesis de la forma. Uno de nueve combina los colores y no los mezcla en el cuadro. Se trata de una pintura frontal, a planos, y casi nunca en perspectiva; ésta aparece insinuada, decorado el espacio, donde la emoción es color. A los once años el drama penetra en las figuras pintadas y son estados del ánimo, preferentemente, los señalados; drama que siente asimismo el de diez, y cada cosa está sugerida de manera estática. Y si bien en el de doce actúan plenamente los estados anímicos, la obra es elaborada y nunca limitada por la imitación de objetos, cosas o personas. El rigor constructivo, con la utilización de colores vivos y sordos, que delimitan la forma por yuxtaposición, está presente en un muchacho de 13 años, y aquí realmente es difícil encontrar trabajos desentonados en su multiplicidad. El color cobra un grado inusitado de intensidad en ciertas piezas expuestas. Hay también una pura alegría que se halla cándidamente situada en risueñas estampas abocetadas, decorativas. A los catorce años, dentro de lo temperamental, aun el negro es usado junto al gris y al blanco; a veces las manchas son toques pequeños, cortas pinceladas; la línea establece la forma de contorno coloreado. El volumen espacioso vibra de por sí en armonía con otros, atendidos no diremos en función técnica, pero sí ciertamente emocional. Sentimos que el tono está densamente trabajado en el joven de 15 años y en un orden funcional que exige el rectángulo. La luz y el color se funden en expresión. Los trabajos de jóvenes de dieciséis y diecisiete años, cierran esta exposición, y en ellos la síntesis colorística se alía estrechamente a la forma; algún dibujo se halla realizado con inteligente soltura, y en un paisaje hay una búsqueda, diríase, de estructuras en los objetos naturales... Mas, a esta altura, se nos adelanta una seria preocupación crítica: obtenidos estos fragmentos de cuadros aisladamente considerados, ¿cómo continuar ahondando por este camino, ante todo para preservar estas conquistas en aquellos educandos que abandonarán a plazo fijo el estudio de la pintura, o para quienes vocacionalmente impulsados por esta facultad creadora, afirmados en este tipo de aprendizaje, con más agudo rigor, podrían obtener mañana, o pasado mañana, la obra de arte total?

La obtención de la obra de arte es, precisamente, la ardua tarea a la que se entregó la nueva generación de pintores argentinos que, desde hace un cuarto de siglo —ceñidos a la tradición en el esfuerzo de generaciones anteriores— se han encaminado hacia el descubrimiento y la asimilación de los orígenes verdaderos del arte, ligándose ardientemente a los "primitivos" de toda cultura, y apartándose de lo pintoresco, del simple objeto, de lo representado y no creado y de cuanto pueda tener de muerto un movimiento artístico que no conduzca al hallazgo supremo del espíritu por la plástica, para adentrarse incluso en la *propia* tierra. Por todo ello baste decir hoy que estamos —en el plano del espíritu— en la posición de *niños* y *primitivos,* que hemos sido capaces de hacer una pintura así sea por representación, abstracción, o expresión; pero al llegar a la pubertad y en años de la adolescencia al desembocar en un sistema puramente formal que flaquea en contacto con otras realidades más amplias y complejas, se quiebra nuestra unidad psicológica por impera-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

tivo de la propia conciencia más rigurosamente discriminadora.

Ahora bien: Los nuevos artistas argentinos y uruguayos (no se trata de una cuestión de edades) al encontrarse ante sí mismos, ante el propio drama como personas humanas y frente al más dramático momento del mundo, en un estado de voluntad plástica cuya última palabra en nuestro país no ha sido pronunciada todavía, al dudar de su misión creadora, en un instante harto atribulado puede llevarlos a un fracaso definitivo; por el contrario, si utilizan todas las fuerzas de la inteligencia, de la sensibilidad y del espíritu para la construcción de su personalidad articulada armónicamente dentro de la comunidad nacional y continental, nos permitirán vislumbrar un arte que, sin dejar de ser ubicador en el tiempo y en el lugar, por los elementos transfigurados de nuestra realidad, habrá de alcanzar la permanente universalidad. Así, en un Mundo Nuevo, como el del niño, en el cual se expresan "características universales de la naturaleza humana —dice Herbert Read—, libre de los convencionalismos y prejuicios académicos".

ROMUALDO BRUGHETTI.

PUBLICACIONES PERIODICAS RECIBIDAS

De mar a mar. — Publicación mensual. Secretarios: Arturo Serrano Plaja y Lorenzo Varela. Nos. 5 y 6. Buenos Aires.

Nosotros. — Publicación mensual. Director: Roberto F. Giusti. Secretario: Oscar Bietti. Nos. 90 y 91. Buenos Aires.

Pórtico. — Publicación de Arte y Letras del Ateneo Popular de la Boca. Director: Antonio J. Bucich. N.° 7. Buenos Aires.

Recuperación. — Publicación mensual auspiciada por médicos del Hospital Nacional Central. N.° 2. Buenos Aires.

Revista de problemas argentinos y americanos. — Organo de vinculación de la Universidad con sus ex alumnos graduados. N.° 2. La Plata.

Cursos y conferencias. — Publicación mensual del Colegio Libre de Estudios Superiores. Nos. 134-138. Buenos Aires.

Universidad de La Habana.—Publicación bimestral. Director: José A. Presno. Destiony. Secretario: Roberto Agromonte Pichardo. N.° 49. La Habana.

Revista Hispánica Moderna. — Director: Federico de Onís. Año VIII. N.° 4. Nueva York-Buenos Aires.

Domani. — Publicación trimestral. Director: Paolo Vita-Finzi. N.° 2. Buenos Aires.

Leonardo. — Publicación mensual del Centro de Estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras. Año I, N.° 1. Buenos Aires.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Correo de la Oficina de Cooperación Intelectual. — Unión Panamericana. N.º 27. Wáshington, D. C.

Letras. — Publicación trimestral. Boletín del Círculo de Profesores de Castellano y Literatura "Arnoldo C. Crivelli". Año I, N.º 1. Buenos Aires.

LIBROS DE RECIENTE PUBLICACION QUE LLEGARON A "INSULA"

Joaquín Casalduero: Vida y obra de Galdós. Editorial Losada.

Guillermo de Torre: La Aventura y el Orden. Editorial Losada.

Salvador Irigoyen: Monólogo del retorno filial. Ed. del autor.

Jacinto Grau: Los tres locos del mundo. La Señora guapa. Editorial Losada.

Antonio Porchia: Voces. Ed. Impulso.

Angel Mazzei: El país de la tarde. Colección Ramo Verde.

Benvenuto Terracini: W. D. Whitney y la lingüística general (Sep. de la Revista de Filología Hispánica). Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

Arnaldo Orfila Reynal: Alejandro Korn, argentino ejemplar. Colegio Libre de Estudios Superiores, filial Bahía Blanca.

Una carta inédita de *José Martí:* Universidad de La Habana, Cuba.

Carlos Ruiz Daudet: Kilómetro 525. Edic. Feria Buenos Aires.

Francisco Capello: Historia de la literatura griega. Tomo II. Fac. de Fil. y Letras de la Univ. de Buenos Aires.

Thomas Mann: Cervantes, Goethe, Freud. Edit. Losada.

Paolo Vita Finzi: L'Italia nel mondo futuro. Ed. Caboto. Buenos Aires.

Guillermo de Torre: Menéndez y Pelayo y las dos Españas. Cuadernos de Cultura Española. PHAC, Buenos Aires.

Werner Bock. El eterno tú. Ed. Americalee. Buenos Aires, 1943.

Ernesto L. Castro: Los isleros. Ed. Losada.

Lorenzo Luzuriaga: La educación nueva. Universidad Nacional de Tucumán.

Raimundo Lida: Belleza, arte y poesía en la estética de Santayana. Universidad Nacional de Tucumán.

Diez dibujos de *Atilio Rossi:* Estudio preliminar de Guillermo de Torre. Edit. Nova.

Gregorio de Laferrere: Obras Escogidas. Prólogo y notas de José María Monner Sanz. Edit. Estrada.

Gastón Figueira: Crucifixión de luz. Poema. Montevideo.

Claudio Sánchez Albornoz y Menduiña: Ruina y extinción del municipio romano en España e instituciones que le reemplazan. Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires.

Eduardo González Lanuza: Variaciones sobre la poesía. Edit. Sudamericana.

Salvador de Madariaga: Guía del lector del "Quijote". Edit. Sudamericana.

Santiago Montserrat: Antonio Machado, poeta y filósofo. Ed. Losada.

Elías Entralgo: La Universidad de

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Berriel. Publicación de la Revista "Universidad de La Habana", Cuba.

Fidelino de Figueiredo: Depois de Eça de Queiroz. Editora Clássico -Científica. S. A., San Paulo 1943.

Nardes Dofigal: Serenata. Versos. Edic. del autor. Córdoba.

Blanca N. Tschudy: 20 poemas para un sueño y una vigilia (prólogo de Félix Molina--Téllez). Edit. Ruiz. Rosario.

José Bianco: Las ratas (novela). Edit. Sur. Buenos Aires, 1943.

Carlos Alberto Alvarez: Fábula encendida. Ediciones Sauce. Paraná, 1943.

Aldous Huxley: El joven Arquímedes. Edit. Losada. Losada. B. Aires, 1943.

María Hortensia Lacau: La voz innominada. Ed. de la autora. B. Aires, 1943.

Eduardo González Lanuza: Transitable cristal. Edit. Sur. B. Aires, 1943.

J. González Carbalho: Solo en el tiempo. Edit. Losada. B. Aires, 1943.

Federico García Lorca: Antología poética. Edit. Pleamar. B. Aires, 1943.

José Luis Romero: Maquiavelo historiador. Edit. Nova. B. Aires, 1943.

Alfredo Pippig: La resurrección de X. X. (relatos). Edic. Saeta. B. Aires, 1943.

José Luis Romero: Mitre. Un historiador frente al destino nacional. Ed. La Nación. 1943.

Moliére: Le malade imaginaire (vers. de Augusto A. Guibourg). *Voltaire:* Zadig ou la destinée (trad. de Marcelo V. Riviére). *Mérimée:* Le carrosse du Sainte-Sacrament. La Redoute-Tamango-Mateo Falcone (trad. de Augusto V. Guibourg). Colecc. La France eternelle. Ediciones bilingües. Dirigida por Augusto V. Guibourg. Edit. Araujo. B. Aires, 1943.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

"Los políticos totalitarios exigen obediencia y conformidad en todas las esferas de la vida, incluso, por supuesto, la religiosa. Su propósito es utilizar la religión como instrumento de consolidación social, como una contribución a la mayor eficiencia militar del país. Por este motivo, la única clase de religión que fomentan es estrictamente antropocéntrica, excluyente y nacionalista: La religión teocéntrica, que abarca el culto de Dios en sí, es inadmisible en un estado totalitario. Todos los dictadores contemporáneos: el ruso, el turco, el italiano y el alemán, han desaprobado o activamente perseguido todas las organizaciones religiosas cuyos miembros sostenían el culto de Dios antes que el culto del Estado deificado o del caudillo político local. Luis XIV era lo que se llama "un buen católico", pero su actitud hacia la religión era característicamente totalitaria. Quería la unidad religiosa; por eso revocó el Edicto de Nantes y persiguió a los hugonotes. Quería una religión excluyente, nacionalista; por eso se enemistó con el Papa e insistió en su propia supremacía espiritual en Francia. Quería el culto del Estado y el culto del Rey; por eso desaprobó a aquellos que enseñaban la religión teocéntrica, que predicaban el culto de Dios solo y por sí mismo. La declinación del misticismo a fines del siglo XVII se debió en parte, como se destacó en un capítulo anterior, a la fatal superortodoxia de Bèrulle y de su escuela, pero en parte también a una deliberada persecución de los místicos por eclesiásticos que podían decir, con Bossuet, que adoraban a Dios bajo las formas del rey, de Jesucristo y de la Iglesia. El ataque contra el quietismo fué sólo en parte lo que pretendió ser: una expedición punitiva contra ciertas tendencias heréticas tontas y contra ciertas prácticas indeseables. Fué también, y más que eso, un asalto contra el propio misticismo. Los escritos polémicos de Nicole, que trabajó en estrecha colaboración con Bossuet, dejaron bien establecido

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

que el verdadero enemigo era la religión espiritualista en sí; desdichadamente para Nicole, la Iglesia había dado su aprobación a las doctrinas y a las prácticas de los primeros místicos y, por lo tanto, fué necesario proceder con cautela; pero esta cautela no era incompatible con una buena proporción de violencia antimística. Consciente o inconscientemente, Nicole y los demás enemigos de la contemplación y de la religión teocéntrica estaban haciendo el juego al totalitarismo.

"La eficiencia de un Estado totalitario preindustrial, tal como el proyectado por Richelieu y verdaderamente realizado por Luis XIV, nunca puede ser tan grande como la de un Estado industrial, que dispone de armas modernas, comunicaciones y métodos de organización. Por el contrario, no necesita ser tan grande. Un sistema industrial nacional es algo tan complicado, que, para que funcione propiamente y compita con otros sistemas nacionales, debe ser controlado en todos sus detalles por una autoridad estatal centralizada. Aun si las intenciones de las diversas autoridades estatales fueran pacíficas, que no lo son, el industrialismo tendería por su propia naturaleza a transformarlas en gobiernos totalitarios. Cuando a la necesidad de una eficiencia industrial se une la necesidad de una eficiencia militar, el totalitarismo se hace inevitable. Progreso tecnológico, nacionalismo y guerra parecen asegurar que el futuro inmediato del mundo pertenecerá a diversas formas de totalitarismo. Pero un mundo propicio al totalitarismo es un mundo, según todas las probabilidades, muy poco propicio para el misticismo y la religión teocéntrica y un mundo en el cual el único método conocido para transformar la personalidad será cada vez menos practicado, y en el cual cada vez menos personas habrán de poseer algún conocimiento directo, experimental, de la realidad para oponer a la falsa doctrina del antropocentrismo totalitario y las perniciosas ideas y prácticas del seudomisticismo nacionalista. En un mundo tal, parece haber pocas perspectivas de que una reforma política, aunque bien intencionada, produzca los resultados que de ella se esperen".

(De Aldous Husley: *Eminencia Gris*, págs. 352-54. Edición de la Editorial Sudamericana).

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Insula

publicará en los números sucesivos colaboraciones de

Amado Alonso
Enrique Anderson Imbert
Sarah Bollo
Américo Castro
Arnoldo C. Crivelli
(póstumas)
Ernesto Epstein
Roberto F. Giusti
Julieta Gómez Paz
María Granata
John F. Griffith
Gregorio Halperín
Amanda Labarca H.
Ricardo A. Latcham
Beppo Levi
Raimundo Lida
Dora E. Miranda
Julio Noé
Nella Pasini
Francisco Romero
José Luis Romero
Angel Rosenblat
Ernesto Sabato
Vicente Salas Viu
Marta E. Samatán
Fryda Schultz Mantovani
Guillermo de Torre
Benvenuto Terracini
Renato Treves
Juan Turín
Lorenzo Varela
Angel Vassallo
María de Villarino

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

INSVLA

Un Peso

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar